MELODÍAS INOLVIDABLES

JUAN JOSÉ TÉLLEZ RUBIO

9

INSTITUTO DE ESTUDIOS CAMPOGIBRALTAREÑOS

Juan J. Téllez Rubio

Guillermo Pérez Villalta

JUAN JOSÉ TÉLLEZ RUBIO. *Nacido en Algeciras, en noviembre de 1958. Estudia en Cádiz, donde se inicia en la literatura. Periodista, ha ejercido como corresponsal y reportero, pero actualmente es director del diario "Europa Sur", que se edita en el Campo de Gibraltar. Ha publicado varios libros de poemas; "Crónicas Urbanas", "Medina y otras memorias", "Ciudad Sumergida", "Bambú" y "Daiquiri", así como dos de relatos; "Amor Negro", "Territorio Estrecho" y un ensayo sobre Paco de Lucía.*

GUILLERMO PÉREZ VILLALTA. *Nacido en Tarifa, en 1948, inició sus estudios de arquitectura en 1966. Becado por el Ministerio de Cultura en 1975 y por la Fundación Juan March, en 1980, recibe el Premio Nacional de Artes Plásticas y la Medalla de Andalucía, en 1985. En 1989, recibió una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores para la Academia de España en Roma. Sus exposiciones, individuales y colectivas, han podido contemplarse en salas de diversos países. Juan José Téllez le solicitó un dibujo para ilustrar "Melodías inolvidables" y Guillermo Pérez Villalta le sorprendió con toda una serie de viñetas, incluyendo el diseño gráfico de la obra.*

JUNTA DE ANDALUCIA

El programa de publicaciones del Instituto de Estudios Campogibraltareños se subvenciona gracias a las ayudas concedidas por la Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía.

MELODÍAS INOLVIDABLES

JUAN JOSÉ TÉLLEZ RUBIO

Ilustraciones de GUILLERMO PÉREZ VILLALTA
Prólogo de DOMINGO F. FAÍLDE

1ª Edición de 500 ejemplares
Serie Creación

Ejemplar Nº _____
[EDICIÓN DIGITAL DEL ORIGINAL IMPRESO - IICG, 2022]

DISEÑO Y MAQUETA: RAFAEL GARCÍA VALDIVIA / ÁNGEL SÁEZ RODRÍGUEZ

EDITA: INSTITUTO DE ESTUDIOS CAMPOGIBRALTAREÑOS – IMPRIME: IMPRESUR, S.L. – ALGECIRAS (CÁDIZ)
I.S.B.N. 84-88556-10-1 – DEPÓSITO LEGAL CA-966/95

PRÓLOGO

La vitalidad de un poeta deviene consecuencia de múltiples factores. Su coherencia, el primero; es decir, la capacidad de respuesta individual a estímulos concretos, de manera que aquellos, al diversificarse, puedan reconocerse, identificando al autor. Partiendo de esta base, y ya en segundo término, su versatilidad: saber sintonizar con la historia, a través de un discurso permeable en el que, sin embargo, permanezca indeleble la propia voz. Por último, el aliento, la vigilia, la permanencia; la voluntad -mejor que compromiso- de aportar al discurso del universo su singularidad. El resultado, pues, una obra en marcha y una estética abierta y, a un tiempo, personal, reflejo de un mundo recreado por el poeta.

El poeta, ante todo, es creador. Su palabra, en tanto que materialización del pensamiento, configura la realidad, la libera del caos, la construye a su imagen y semejanza como un demiurgo, la revela al lector.

He aquí los requisitos de la obra poética que se reputa válida, al margen de los cualcs es posible escribir poemas correctos; rara vez, trascendentes.

Es por ello resulta saludable detenerse un momento para hacer inventario. Separar, como dijo Machado, *las voces de los ecos*, someter la obra propia a esa criba que el tiempo va estrechando, y arrojar por la borda todo el lastre que impida alzar el vuelo.

Juan José Téllez Rubio (Algeciras, 1958) acomete esta empresa en un momento clave, a saber: cuando, por una parte, los poetas de su generación inician un proceso de inevitable diáspora, que puede ser seguida a través de las antologías, en tanto que, por otra, se contesta la estética dominante, poniéndose en tela de juicio unos valores que, de modo variable, se han mantenido vigentes a lo largo de, al menos, las tres últimas décadas.

Su labor autocrítica arroja como saldo positivo los *grandes éxitos* que, con vocación de *melodías inolvidables*, ha reunido el poeta en este álbum, consciente de ofrecer a los lectores lo mejor de su repertorio.

La metáfora discográfica no será en caso alguno gratuita. Responde, desde luego, a un cierto espíritu juglaresco, que siempre rubricó la obra de Téllez, desde los músicos callejeros arábigo-andaluces hasta sus herederos del cante hondo, con la quejumbre de Camarón de la Isla y los compases de Paco de Lucía, pasando por el jazz peliculero o el rock que llaman duro. Rasgos que, al conjugarse, dejan en los poemas una pátina como de marginalidad, una impronta de malditismo que acaba traduciéndose en apuesta incondicional por las causas perdidas, erigiendo un palacio a la derrota.

La forja de un rebelde.

Los orígenes literarios de Juan José Téllez explican la coherencia de su evolución posterior. Obviando irrelevantes comparecencias en publicaciones ocasionales del momento (poemas en revistas como *Jaramago* o *Cucarrete*, alguna *plaquette*), su salida a la luz tiene lugar con *Crónicas urbanas* en 1979. El libro, reeditado un año más tarde, se confiesa tributario de una tradición, *presente en la poesía castellana desde antes de Quevedo y que llega a Lorca y mucho más recientemente a la generación de los cincuenta, en especial a los textos de José Agustín Goytisolo y Ángel González*: lo urbano, y su trasunto ético, lo cívico, faceta que atestiguan algunas resonancias nerudianas y la huella remota de otros poetas sociales.

Estamos ante un libro, mejor que de combate, de afirmación. La personalidad de Téllez se forja en la vorágine -política, social y cultural- de la Transición. Junto con sus coetáneos, fue partero de una criatura que había acaso engendrado la llamada generación *del mayo francés*, que ya empezaba a exhibir los primeros síntomas de adocenamiento.

No es posible entender estas *Crónicas* al margen de un contexto que presenta tres frentes:

a) El compromiso cívico por las libertades, la militancia activa, la lucha en diversos foros, desde la algarada callejera hasta los focos de producción y proyección cultural. *La poesía*, en efecto, se *sale de los ríos* para hablar de lo cotidiano, portavoz de una historia en construcción, reivindicando nuevos valores y nuevos gestos, que emergen desde las catacumbas de una infancia proscrita, los bares clandestinos, las literarias conjuras.

b) La contravención de lo establecido, que comporta una crítica de la propia cultura y una toma de posición, no sólo política sino, sobre todo, estética. A la moral

común, Téllez opone un orbe alternativo; y, frente a las conductas consagradas por los códigos éticos vigentes, proclamará otras pautas, bebidas desde luego en otras fuentes: el cine, el rock and roll, los cómix, la incipiente *movida*, la marginalidad: *Perdidos, sin encontrarnos, golpeamos/ las vitrinas cada amanecer como esperando/ que esto sólo fuese un mal sueño de marzo/ pero ocurre que en la calle (el ruido/ de los tubos de escape, la lluvia que golpea/ los telares, las bicicletas) te devuelven/ a esta triste geografía de peldaños,/ a este oscuro rincón del gin tonic, colega,/ pásame la china...*

c) La búsqueda de una voz. A Téllez no le sirve la estética novísima ni se pliega al epigonismo de la poesía social, que empieza a prescribir con el cambio de régimen, iniciando, de esta manera, una etapa de indagación. En *Crónicas urbanas* se aproxima el poeta a las aportaciones novedosas de la denominada *nueva sentimentalidad*, aún en fase de elaboración, aunque imprime al lenguaje un tono personal que, con el paso del tiempo, va a permitirle hallar su propio rumbo.

De la medina al zoco

Sin embargo, en 1981, la poética de Téllez experimenta un giro sorprendente que, empero momentáneo, va a incidir en su obra posterior, ya atemperando el exacerbado prosaísmo de las *Crónicas*, ya incorporando a su discurso diversos materiales que, en su lugar, analizaremos. El caso es que *Medina y otras memorias* supone, formalmente, un golpe de timón. El poeta se acerca a los postulados de la corriente que se conoce como *mester andalusí*, cuyo epónimo fuera Ángel García López, quien recupera para la poesía temas, posturas, modos, provenientes de la lírica arábigo-andaluza, en un gesto de ensoñación nacionalista, ligada, al menos emocionalmente, a una nueva batalla política: la lucha por las autonomías, una vez promulgada la Constitución.

Se dejará imbuir Téllez por el delicado esteticismo de García López y por su exuberante culturalismo. La palabra pulida del roteño se hace un hueco importante en la dicción directa del autor de las *Crónicas*. Son estos materiales los que irrumpen ahora en la obra de Téllez, provocando, por isostasia, un necesario equilibrio, presente en la arquitectura de sus títulos posteriores.

No existe, sin embargo, pese a las apariencias, paradoja ninguna. El poeta es coherente. Su compromiso por Andalucía, le ha arrastrado a la búsqueda de las raíces: su historia, su cultura, su identidad, en suma. Y Téllez, que conoce las tesis de Félix Grande y otros historiadores del flamenco, piensa que todos los caminos conducen a la Córdoba califal, a los reinos de taifas o a la Granada nazarí, hallando en la mítica al-Ándalus los orígenes de la nueva región andaluza.

La ciudad de las *Crónicas* se convierte en *medina*. Ahora, la memoria colectiva se hace memoria histórica, desempolvando para la contemporaneidad una

cultura que, a mayor alborozo del poeta, posee una enorme carga de proscripción y marginalidad. El árabe de entonces es el moro de hoy, personificación de lo distinto, que el autor reivindica, a despecho de *tanto retrógrado carquerío todavía emperrado en hacernos ver como infausto para este país uno de sus más enriquecedores, relucientes y duraderos periodos históricos y humanísticos*, en opinión de Fernando Quiñones.

Casidas, gacelas, pequeños epigramas, conforman el elenco formal de este libro, que intenta tender un puente entre el ayer y el hoy, entre el Magreb y España, y en el que, poco a poco, aflora, poderosa, una presencia: el Estrecho y su ámbito; una suerte de conciencia *fronteriza,* también omnipresente en la obra posterior de Téllez Rubio, tanto poética como narrativa, con dimensión de mito.

La comparecencia antológica

La década de los ochenta constituye, sin duda, unos de los periodos de mayor dispersión antológica de la historia de la literatura española, a lo cual contribuyen, fundamentalmente, dos fenómenos: el pluralismo estético, característico de la denominada *postmodernidad*, y la eclosión y auge de las literaturas regionales, que generan un evidente desorden y el consiguiente afán clarificador de un sector de la crítica.

La presencia de Téllez en las antologías se remonta a 1978, siendo incluido en *Qadish. Joven poesía gaditana*. En 1982, la malagueña revista *Litoral* se hace eco igualmente de su producción en *Joven poesía andaluza*. A partir de este instante, su posición en la lírica andaluza se consolida, aun cuando todavía su trayectoria dista mucho de la consumación. Aparecen, más tarde, *Del goce y de la dicha* (Málaga, 1985), *Con Nicaragua* (Madrid, 1985), *Polvo serán* (Sevilla, 1988) y *Escalera de incendios* (Amnistía Internacional, Cádiz, 1988), todas ellas temáticas.

A partir de esta fecha, su obra poética parece detenerse, mientras, por el contrario, irrumpe con fuerza el Téllez narrador.

El silencio poético, solamente quebrado por alguna, aunque brillante, publicación ocasional, coincide con la ausencia del poeta en las nuevas antologías, atentas a la caza de jóvenes valores, flor de un día y no más en la mayor parte de los casos. Téllez, no obstante, asiste a congresos y actividades afines, y se mantiene fresca su presencia.

Sin embargo, y es un dato, tal vez, para tener en cuenta en una posterior profundización, esta especie de corte se produce coincidiendo con un alejamiento del autor respecto a posiciones de la etapa anterior, tal si la independencia comportara, en efecto, una cuota de soledad.

La ciudad y sus mitos

Del rasero que se utilice, dependerá, sin duda, la futura valoración de dos textos capitales en la bibliografía de Téllez. El primero de ellos es *Ciudad sumergida* (Málaga, 1985), saludado por la crítica que lo catalogó como neosentimental. Lo es, en cierto modo, si por tal entendemos la preeminencia de lo urbano, la disolución del yo y el tono narrativo del poema, aunque es verdad también que el autor interpreta, elabora, recrea aquellos conceptos, insuflando a la nueva estética un sello personal.

Los tiempos han cambiado. A los años de militancia sucede un largo periodo de relativa tranquilidad. El compromiso del poeta, su opción ética, en definitiva, se despojan de tópicos, consignas, y toda la retórica de aquellos años. Permanecen, no obstante, la utopía y una actitud romántica que enfrenta al acendrado pragmatismo del momento.

La sociedad ha roto sus esquemas tradicionales, y ese *pueblo trabajador y explotado* de las soflamas marxistas es tan sólo un recuerdo, al que incluso exorcizan en una Unión Soviética llamada a disolverse sin tiros ni algaradas. Sin embargo, el *estado del bienestar* no está exento de contradicciones. La opulencia del norte se asienta en la miseria del sur, en tanto el propio sistema genera sus detritos internos. Téllez, como Espronceda, con análogo espíritu de romántico progresista (más hermoso sería llamarle *liberal*, si no fuera...), se sentirá atraído por ese inframundo marginal que ya había hecho acto de presencia en su obra anterior.

Son, pues, los moradores de su *Ciudad sumergida* y terrible. *En la costa del Sur* -cita el poeta a Cernuda-: *el hombre quiere/ caer donde el amor fue suyo un día.* Estos versos prestados sugieren, como un guiño, el emplazamiento concreto y aun el nombre de la ciudad. Nos encontramos en Algeciras, trasunto aquí borgiano de cualquier otra urbe, no importa cuál, en sépase qué patria: tal vez la del amor nunca colmado, el deseo jamás satisfecho, el sueño inalcanzado e inalcanzable, el ansia de imposible infinitud, en medio de una vorágine humana que condena al fracaso todo intento de fuga: *vamos a rendirnos sin amparo/ desposeídos de razón y sabiduría,/ arrastrados al fin en la tibia música/ del transporte colectivo,/ sin desorden ni vicio/ ni esa tremenda precisión de ser felices.*

Mas no por ello deberá entenderse estamos ante un libro de antihéroes concretos. No encontrará el lector al reo de muerte, al pirata o la daifa espronceda nos, con su vida y milagros en el magín, así como tampoco comparecen el *colega* de las coplas de Egea ni los macarras de Joaquín Sabina. Porque en esta ciudad todos somos verdugos y víctimas, vencedores y vencidos de una conflagración cotidiana, *donde mañana sucumbirán de pronto/ los furgones de reparto de periódicos, los paneles de publicidad/ y la ciudad misma y su destino de estrato y de Carbono 14/ cuando el tiempo y las bombas decidan por nosotros.*

Es la visión de Téllez pesimista. La historia posterior invalida el reproche. Le salva la ironía, que suele ser, a veces, esa puerta por donde la esperanza se nos cuela

de incógnito o se maquilla la desolación. Por ello el poeta busca signos que lo acrediten, y va a hallarlos en una dimensión no exactamente literaria: el cine clásico, las canciones que éste inmortalizó, aprovechando, de un lado, su innegable poder de sugestión y, por otro, el tirón emocional de las mismas, de modo que los textos aludidos arrancan *del silencio* de aquellas músicas, creando todo un sistema referencial que, en buena parte, constituye el sostén del libro. En él encontraremos, en efecto, poemas tan emblemáticos como sus propios títulos: *Que aún la nave del olvido, Feelings*, etc., habitados por efímeros personajes que cruzan sus versos con prisa, aunque identificarlos no resulta difícil: Trastamara, Mc. Carthy, el músico a quien busca la policía, Livingstone, boxeadores..., sirven quizá al autor para explicar su mundo en el lenguaje antiguo de los mitos. De la cultura clásica, conserva ese lenguaje, pero reemplaza a aquellos.

Esta transformación en ningún caso supone iconoclastia: el Olimpo de asfalto que fascina al poeta, aparece tratado con total dignidad, ennoblecido incluso, gracias precisamente al uso del lenguaje, susceptible de ser definido con un vocablo significativo en el contexto urbano: mestizaje. No se desdeña voz ni construcción ni giro, por canalla que fuere su origen ni, en el contrario extremo, por su condición de cultismo. El resultado, como podrá apreciar el lector, es un estilo limpio, sin altibajos, de clásica apariencia, salpicado no obstante de audacias expresivas, términos sorprendentes y rotundas imágenes.

Téllez es un poeta de recursos. También, y sobre todo, de registros. Así, no es infrecuente la *variatio*, el cambio de personas y de tono, pasando del monólogo íntimo al relato, y de éste al coloquio, incorporando al discurso frases célebres, tópicos publicitarios o el estribillo de alguna canción. La *Ciudad sumergida* habla su propia lengua, apuesta por su cultura y salva del naufragio lo esencial de una tradición que abarca obras y autores muy dispares, desde Catulo, Propercio o Marcial, con escalas en los goliardos, Juan Ruiz, Quevedo, Bécquer, y un largo etcétera.

De evasiones y búsquedas.

Con *Ciudad sumergida* cierra Téllez un ciclo. La ciudad no es acaso aquel santuario de la libertad que, en los siglos XIII y XIV, se alzaba con orgullo frente al despotismo feudal: *El aire de la ciudad hace a los hombres libres*, se decía. Mas la moderna urbe se ha convertido en una ratonera, atrapando a los ciudadanos en una red mortal. Esta trampa alienante les arrebata su identidad, uniforma los hábitos, encamina el sentido de la existencia hacia una producción que esclaviza a los individuos, dejándoles tan sólo una vaga memoria del origen, por cuyo ventanuco es posible escapar.

No es otra la propuesta de *Bambú* (Algeciras, Cuadernos de al-Ándalus, 1988) sino una incitación a la huida. José Heredia, autor inolvidable de *Macama*

Jonda, reconoce en el prólogo que *lo trágico es lo cotidiano pero vivido sin tragedia.* Pocas veces se ha aludido de forma tan certera al estilo de vida que impera en las ciudades, a su mediocridad y rutina, a su intrascedental sinsentido. La lucha de los hombres no es hermosa en la urbe, ni épica ni heroica, quizá porque no tienen nada por que luchar. Por eso nos invita Téllez a la aventura en este llamamiento a la imaginación.

Se abre el libro y no en vano con soflama nostálgica. El poeta, que confiesa su amor a *las naciones de nombre hermoso*, nos vuelve a situar en su ciudad sumergida. Algeciras, la *al-Yazirat-al-Hadra* de Ibn Abi Ruh, es paradigma ahora de aquel mundo cuya feliz ruralía -marinería, mejor, en este caso- ha engullido el progreso, robándole la antigua inocencia. Es ésta la *Isla Verde* que da título a uno de los poemas más significativos. *Quien diese nombre a la ciudad,/ sepa de su extravío*, escribe Juan José Téllez Rubio, en tanto va pasando revista a sus añoranzas: galeras, paquebotes de otros tiempos, el río que ya no existe... *Llora, Fabio, sus ruinas, mas éstas del progreso.*

Sin embargo, la aventura que se propone al lector es de naturaleza intelectual. No queda ya en el mundo ningún enclave virgen. Únicamente el cine, la literatura y la música, ofrecen paraísos aún incontaminados, cuya conquista constituye un riesgo individual, y es preciso afrontarlo para rescatar la propia condición de persona: *Mi propio país, soy yo,* leemos en un poema. Cada individuo es, en efecto, su propia memoria, su propia nostalgia. Nos hallamos, sin duda, ante una reivindicación de la individualidad que, empero solidaria, anhela repartirse como tabla de salvación.

Empréndese, así pues, un viaje fantástico, un recorrido por la memoria común, en busca de un oasis donde permanecer: la mítica Volúbilis romana, los mares de Salgari, el exotismo de Ispahán, sugieren un espacio, pero también un tiempo. No ha de extrañar, por tanto, que el poeta asegure en su biografía haber nacido *a un siglo de la destrucción de Corinto*, aclarando se trata del *país interior a donde nunca he viajado/ y que, sin embargo, explica tantas cosas.* Se concluye, en efecto, la unidad de las dos coordenadas kantianas, como marco de una experiencia que intenta la poesía universalizar. Hablo, naturalmente, de la experiencia individual, como aprehensión y síntesis de la experiencia histórica, siendo en la intersección de ambas donde Téllez integra la doble dimensión del ser humano, concebido como singularidad dentro de una pluralidad.

Gracias a estos matices, podemos afirmar que, pese a muchos indicios y apariencias, *Bambú* no es un libro escapista. Su autor, que reconoce haber abandonado la ética en un poema, está bastante lejos de aserto semejante. Ha renunciado, sí, a una definición muy extendida, según la cual el texto o se aborda desde la ética y el compromiso, o se hace lo propio desde la estética, reducida a trivial formalismo. Téllez conoce bien la falacia maniquea que se agazapa tras esta formulación, pues ética y estética constituyen valores complementarios e incluso inseparables.

Va a jugar, sin embargo, con el equívoco, imprimiendo al discurso una atmósfera decadente, en la que alienta, a veces, el espíritu de Rubén, tal si estuviésemos asistiendo a un modernismo de nuevo cuño, en cuyos pormenores mereciera la pena detenerse.

En efecto, la lengua propende en este libro a la fastuosidad. El léxico delata una elección de términos sonoros y no menos dotados de sugerentes connotaciones. La abundancia de esdrújulas, los frecuentes cultismos, las voces rituales y litúrgicas, componen un lujoso mosaico verbal, cuyo exotismo incrementan otros vocablos procedentes del cine legendario.

Apreciamos, incluso, una cierta rehabilitación de la expresividad simbolista, denostada en la poesía española desde finales de los sesenta: *Portada en palanquín, la cortesana/ aún dice a Lucio su nombre de familia/ mas él guarda silencio en el confín de Hades./ Melancólica como otras ciudades de la paz,/ fue el olvido/ quien puso a su soberbia término;/ si no creció a la costa, es culpable el hastío.*

El paisaje, la historia, la escenografía, vuelven a utilizarse para comunicar estados de ánimo individuales cuanto de la conciencia colectiva, ese *drama del hombre moderno* al que Heredia refiérese en el prólogo.

Pero, por todo ello (ya advertimos en su lugar que *Ciudad sumergida* cerraba un ciclo), *Bambú* supone un giro cualitativo, apartándose de la estética neosentimental, a la que ya nos hemos referido. Algunos elementos de la misma pasarán, como herencia, a la obra posterior, conviviendo con otros préstamos y tradiciones, mas, sobre todo, con un estilo que ha sabido forjar el autor, imponiendo su sello característico.

La conquista del estilo

Cuando, en 1989, sale a la luz *Daiquiri*, escribí una reseña en la que destacaba media un largo trayecto entre *Crónicas urbanas* y este libro: *un viaje cuya meta es el estilo*, decía. Y así es, en efecto. Más un dato curioso: el primero, valió a su autor el premio *Bahía*; éste se hizo acreedor al *Ciudad de Irún*. Uno y otro señalan, respectivamente, los puntos de partida y de llegada, aunque tanto la edad del poeta como su vigorosa creatividad presagien un periplo prolongado. *Daiquiri*, en todo caso, es, con *Ciudad sumergida*, un libro capital en la bibliografía de Téllez.

De entrada, el propio título es significativo, y alude, en buena parte, al cóctel estético que constituyó aquella década de postmodernidad; al sincretismo de la generación del autor, e incluso a la ejecutoria literaria de éste.

Sobre el libro gravitan múltiples influencias, no todas procedentes de la literatura. En sus versos se mezclan muchas fuentes que, años más tarde, han de

volver a aunarse en sendas colecciones de relatos: *Amor negro* (Sevilla, 1990) y *Territorio Estrecho* (Madrid, 1991). Los poemas de *Daiquiri* abundan en registros, desde el monólogo interior hasta la narración trepidante, con escalas precisas en la íntima confidencia o en la distante reflexión en torno a una realidad que, haciendo honor al tópico, supera a la ficción.

No concluyen aquí, ya que se avienen a la exigencia de distintas fuentes, según acabamos de afirmar: el cine, por supuesto, con decidida predilección hacia el género negro o policiaco y los clásicos fundacionales, presentes en poemas como *La forja de un rebelde, Cayo Largo, Alcatraz, Última función, Yo conozco a la protagonista, Aquella sí que fue una gran pelea, El francotirador en la azotea, Un lío de faldas* o *Regreso a Gettysburg*, cuyo lenguaje adopta la forma coloquial propia del medio, a veces literaturizada a través de recursos y fórmulas procedentes del cómix. La presencia de esta literatura dibujada se advierte, sobre todo, en la disposición de los diálogos que salpican el texto, a manera de bocadillos que animan la ilustración.

Otro tanto pudiera decirse de la música, utilizada por el autor como marco referencial, sea para definir una situación, sea para emplazarla en un contexto.

No menor es el peso de la literatura. Los influjos, en todo caso, parecen depurarse, siempre a favor de la heterodoxia. Desde el punto de vista meramente temático, aparece de nuevo la consabida mitología cinematográfica, a través de la cual se interpreta la realidad social del momento, que se nos muestra en planos, cortos o largos, según la intención del poeta, quien pone en solfa viejos valores, zarandeando a la generación precedente con una difícil mezcla de ironía y ternura.

El lenguaje -dejando a un lado el aporte cinematográfico- denota ese retorno a la palabra detectado en *Bambú*. Palabra, sin embargo, liberada de aquellos excesos neomodernistas, que fluye en el poema con extraña espontaneidad. La lengua de *Daiquiri* carece de tabúes, en consonancia con la función que le asigna el poeta, de mero vehículo, por cuanto la poesía reside en los silencios que el texto, en su conjunto, descodifica. El cóctel está servido, y es ahora la fórmula de casa.

Viaje al futuro

Se dijo anteriormente que, después de *Daiquiri*, la obra poética de Juan José Téllez parece detenerse. El periodismo y la narrativa acaparan su atención, sumando a los relatos ya mencionados un excelente libro de carácter biográfico, que conjuga la narración novelesca, el reportaje de prensa y la más rigurosa historicidad. Se trata de *Paco de Lucía: Retrato de familia con guitarra* (Sevilla, 1994).

No obstante, a pesar de las apariencias, van naciendo -entre 1990 y 1993- los poemas de *Trasatlántico*, inéditos aún. Se trata de unos textos continuamente revisados y reelaborados, a través de los cuales podemos asistir a la consolidación

de la estética del autor. Poemas de madurez, reflejan el difícil equilibrio entre todos aquellos elementos y actitudes que fueron configurándola. El discurso atempera el tono narrativo de libros anteriores y la expresión deviene más serena y profunda: *A solas aguardo a que el tiempo transcurra/ como huellas de arena y vuelvas a buscar/ / el país que imaginas, tu paraíso perdido,/ y cuerpos que el amor cincela a tu deleite/ cuando el deseo viaja en esa lancha motora/ que huye de nosotros. Juventud es su nombre.*

La juventud, la vida, se alejan en un barco, sin rumbo conocido. El poeta, como hicieron Machado y tantos otros, nos muestra su inventario: *Mi pasado escapó del Valle de los Caídos,/ brazos de Torre Eiffel, palabras de Puccini,/ provengo de un misterio que no tiene esfinge/ y acabaré de pronto, como sabe el Niágara.* La sombra de la muerte comparece en el texto, y aun cuando con cinismo se la ahuyenta, los proyectos se aplazan (*Algún día, seguro, escribiré sobre ello*) con la absoluta certeza del *sine die*.

Para cerrar el círculo

A modo de estribillo, cierra estas *Melodías inolvidables* una interesante selección de *Poesía dispersa (1978-1993)*, que recoge poemas emblemáticos no incluidos en libro. Entre ellos no existe un hilo conductor, aunque sí muchos nexos -temáticos, estéticos, históricos- que refuerzan con su testimonio la coherencia estilística e ideológica de su autor.

Provienen estos textos de fuentes muy dispares. El primero de ellos recupera una vieja, olvidada *plaquette*, aborrecida por el poeta, el pequeño cuaderno *Historias del Desarrollo*, publicado en Cádiz, en 1978, que plantea, sin embargo, muchas de las constantes de su obra y constituye acaso, en estado embrionario, una poética: *Os lo confieso: comencé escribiendo para mí, en eso sigo./ Sin embargo, hablo también de vosotros, los que forjáis el verso/ más perfecto: la cotidiana labor para ser libres...*

En *Cuadernos Hispanoamericanos* (1982), como parte de una breve colección, titulada *Memoria y súplica*, el poema *Vasos para Omar* reivindica la dulce terapia del placer. Siguen otros poemas, como verá el lector, que fueron apareciendo en diversas revistas: la citada *Cuadernos Hispanoamericanos, Abalorio* y *Zurgai*.

En fin, se cierra el círculo con un texto inquietante: *Evidente fracaso literario*, que no es el del autor, sino el de la propia literatura. Un canto a su sustancial inutilidad, que encierra, por pasiva, un decidido elogio a ese acto solitario y solidario, que vale una vida.

DOMINGO F. FAÍLDE.
Algeciras, julio de 1995.

BIBLIOGRAFíA

1. Obra poética.

Libros:

"Crónicas urbanas". Ed. Bahía. Algeciras, 1979. Premio Bahía.
"Medina y otras memorias". Ed. Cuadernos del Mar. Valencia, 1981.
"Ciudad Sumergida". Ed. Puerta del Mar. Diputación Provincial de Málaga. Málaga, 1985.
"Bambú". Ed. Cuadernos de Al-Andalus. Algeciras, 1988.
"Daiquiri". Col. Premios Ciudad de Irún. Caja de Ahorros de Guipuzcoa. San Sebastián, 1989. Premio Ciudad de Irún.

Cuadernos:

"Historias del Desarrollo". Colección Viento Sur. Cádiz, 1978
"Memoria y súplica". Cuadernos Hispanoamericanos. Madrid, 1982
"Bandoneón". Revista Abalorios. Sagunto, 1988.
"Grandes éxitos". Aula de Cultura José Cadalso. San Roque, 1992
"Sábanas y cobertores". Cátalogo para el pintor José Cano. Ed. Museo Cruz Herrera. La Línea, 1975.

2. Obra en prosa.

Relatos:

"Señora melancolía". Editorial Centro Andaluz. Algeciras, 1988. Premio de Narrativa Ciudad de Algeciras.
"Amor Negro". Qüasyeditorial. Sevilla, 1990.
"Territorio Estrecho". Ayuda del Ministerio de Cultura a la Creación Literaria. Torre Manrique Ediciones. Madrid, 1991.

Ensayos:

"José Luis Cano: memoria en la bahía". Ed. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar. Algeciras, 1987.
"Paco de Lucía, retrato de familia con güitarra". Qüasyeditorial. Sevilla, 1994.

3. Antologías y libros colectivos.-

"Jóvenes poetas andaluces". Revista *Bahía.* Algeciras, 1978.
"Verde-blanco. Alas para la poesía andaluza". Málaga, 1979.
"Qadish. Muestra de Joven Poesía Gaditana". Fundación Municipal de Cultura. El Puerto de Santa María, 1979.
"Joven poesía andaluza". Revista *Litoral.* Málaga, 1981.

"La luz y la palabra". Textos de poetas andaluces a las obras fotográficas de Manolo Torre. Diputación Provincial. Cádiz, 1981.
"Antología de autores actuales del Campo de Gibraltar". Ed. Eslabón. La Línea, 1982.
"La joven poesía española 1960-1980". Revista *Laberintos*. Bilbao, 1983.
"El Campo de Gibraltar en la poesía española". Antología de José Riquelme Sánchez. Caja de Ahorros de Jerez, 1985.
"Del goce y de la dicha. Poesía erótica". Revista *Litoral*. Málaga, 1985.
"Con Nicaragua". Col. Endymion. Ed. Ayuso. Madrid, 1985.
"Homenaje a García Lorca". *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid, julio-agosto de 1986.
"Polvo serán...". *Antología de poesía erótica actual*. Ediciones El Carro de la Nieve. Sevilla, 1988.
"Escalera de incendios". Ed. Amnistía Internacional. Cádiz, 1988.
"Jóvenes poetas junto al Mediterráneo". Revista *Silvestra*, Málaga, 1988.
"La pasión no es inefable. Jóvenes narradores, hoy". Revista *Anthropos*. Barcelona, 1988.
"Homenaje a César Vallejo". *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid, junio-julio de 1988.
"Poetas en el Aula". Ed. Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. Sevilla, 1989 y 1990.
"Veinte años de poesía gaditana (1970-1990)". Revista *Cádiz-Iberoamérica*. Diputación Provincial. Cádiz, 1990.
"Indice de autores españoles". Revista *El Urogallo*, números 64 y 65. Septiembre-octubre de 1991.
"Especial poesía española". Suplemento "Culturas". *Diario 16*, 1992.
"Nuevo índice de autores españoles". Revista *El Urogallo*, números 76 y 77. Septiembre-octubre de 1992.
"Ronda y sus toreros en la poesía española". Ed. José Riquelme Sánchez. Ronda, 1994.
"Poesía andaluza". Revista *Zurgai*. Bilbao, 1994.

4. Estudios, reseñas y artículos.

AGRASO, Aida R. "Retrato de Francisco Sánchez". *Diario de Cádiz*, 18 de febrero de 1995.
ALBANDOZ, Roberto. "Un poeta urbano". Revista *Zurgai*. Bilbao, 1980.
ARTEAGA, Valentín. "Medina y Otras Memorias". Revista *Manxa*, núm. 17. Diciembre, 1981. Ciudad Real.
BABLE, José A. "Veinte años de poesía gaditana (1970-1990)". Revista *Cádiz-Iberoamérica*. Diputación Provincial de Cádiz, 1990. Y también en revista *Fetasa*, números 4 y 5. Santa Cruz de Tenerife, Canarias, 1991.
BALDRICH, Gabriel. "Crónicas urbanas". *Sur*, 29 de diciembre de 1979.

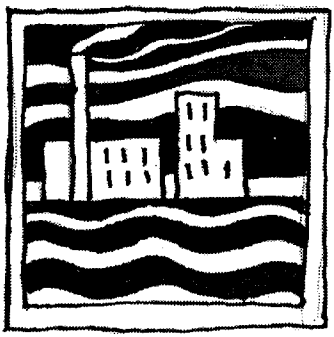
BENITEZ ARIZA, José Manuel; RAMIREZ ESCOTO, Rafael y BABLE FERNANDEZ, José A. "La literatura gaditana de posguerra. VII Los años ochenta: la discutible modernidad". *Diario de Cádiz*, 23 de agosto de 1987.
BEÑO GALIANA, Pascual-Antonio. "Crónicas Urbanas". Revista *Manxa*. Grupo Literario. Número 13. Ciudad Real. Junio, 1980.
CILLERUELO, José Angel. "Un caso antiguo". *Diario de Avisos*. Tenerife, 7 de abril de 1988.
CORREAL, Francisco. "Madrid sólo es un número de fax". *Diario 16*, 13 de noviembre de 1994.
DE ORY, Carlos. Prefacio esdrújulo a *"Bailando en la oscuridad"*, de Inma Marcos. Colección Aben Humeya. Málaga, 1989.
DE LUIS, Leopoldo. "La poesía en el Campo de Gibraltar". Prólogo al libro *"El Campo de Gibraltar en la poesía española"*, de José Riquelme Sánchez. Ed. Cinterco S.A., 1985.
DEL CASTILLO, Luis Alberto. "Amor negro". *Área*, 22 de noviembre de 1990.
DELGADO, Cristóbal. *"Algeciras, pasado y presente de la ciudad de la bella bahía"*. Algeciras, 1981 y siguientes.
DIEZ, Gontzal. "Ciudad Sumergida". Revista *Zurgai*. Bilbao, 1986.
ENRIQUE, Antonio. "Territorio Estrecho". *Cuadernos del Sur*. Córdoba, 30 de enero de 1992.
ESCOLANO, Mercedes. "Ciudad sumergida". Revista *Andana*. Cádiz, octubre de 1985.
FAILDE, F. Domingo. "Daiquiri, el cóctel de una generación". *Sur*, 24 de marzo de 1990.
FAILDE, F. Domingo. "Ciudadano del Estrecho". La Isla. *Europa Sur*, 7 de septiembre de 1991.
FAILDE, F. Domingo. "Bucólica Talía. Un breve recorrido por las claves poéticas de la ciudad de Algeciras". Revista *La Fundación*, número 7. Diciembre, 1994.
FERNANDEZ PALACIOS, Jesús. "Las revistas literarias gaditanas". Suplemento "Pliegos de Cordel". *Diario de Córdoba*, 1979.
FERNANDEZ PALACIOS, Jesús. "Las Crónicas Urbanas de Juan José Téllez". Revista *Andarax*. Almería, 1980.
FERNANDEZ PALACIOS, Jesús. "Aproximación a la poesía gaditana de posguerra". Revista *Andana*. Cádiz, septiembre de 1985.
GONZALEZ SANTIAGO, Lalia. "El ancho territorio del lenguaje de Juan José Téllez". Suplemento cultural. *Diario de Cádiz*, 17 de noviembre de 1991.
GONZALEZ SANTIAGO, Lalia. "Poetas andaluces de ahora". *Diario de Cádiz*, 3 de enero de 1995.
GONZALEZ TROYANO, Alberto. "Ese lado oscuro de la vida". Suplemento cultural. *Diario de Cádiz*, 10 de marzo de 1991.
GRANDE, Lupe. "Grandes éxitos". *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid, 1994.
GRIMALDOS, Alfredo. "Un estudio desentraña la vida de Paco de Lucía". *El Mundo*. 23 de diciembre de 1994.
GULLON, Ricardo. Y otros. *"Diccionario de Literatura española e hispanoamericana"*. Alianza Editorial. Madrid, 1994.

HEREDIA MAYA, José. Prólogo a *"Bambú"*. Ed. Cuadernos de Al Andalus. Algeciras, 1988.
HERNANDEZ, Antonio. "La narrativa andaluza". *Diario 16*, 30 de octubre de 1994.
IRANZU, Cayetano. "Ciudad Sumergida". Revista *El Cardo de Bronce*. La Mancha. Verano, 1985.
LUQUE, José. "Paco de Lucía, retrato de familia con guitarra". *El libro de la semana*. Agencia Efe. 4 de enero de 1995.
MARRA, Nelson. "Picaresca andaluza". Revista *Comunidad Escolar*. Madrid, 3 de julio de 1991.
MARRA, Nelson. "De la novela policiaca al relato picaresco". La Esfera. *El Mundo*, 29 de septiembre de 1991.
MARTIN, Sabas. "Polvo serán...". Libros. *El País*, 9 de octubre de 1988.
MARTIN MARTIN, Manuel. "Paco de Lucía, entre líneas". *Diario 16*. 12 de enero de 1995.
MELGAR, Jesús. "Crónicas urbanas: entre Madrid, Cádiz y Algeciras". *Sol de España*, 2 de enero de 1980.
MELGAR, Jesús. "Medina y otras memorias. Un libro con raíces para recuperar el futuro". Revista *Extra-Ceuta*. Abril, 1981.
MOLINA CAMPOS, Enrique. "De la nueva poesía gaditana". *Hora de Poesía*. Barcelona, 1980.
MOLINA CAMPOS, Enrique. "Un año de poesía malagueña". *Sur Cultural*. Sur. 29 de diciembre de 1985.
NAVAS, Esperanza. "Tinta fresca". *Europa Sur*, 29 de septiembre de 1991.
PEREZ DE VARGAS, Alberto. "Almoraima". *Area*, 8 de diciembre de 1989.
PRADO, Benjamín. "Poesía última. Los dulces ochentas". Revista *El Urogallo*, número 12. Madrid, abril de 1987.
PRIETO POZA, Francisco. Bahía 79, de poesía. *Área*, 8 de diciembre de 1979.
PRIETO POZA, Francisco. "Medina y otras memorias, de Juan José Téllez". *Área*, 1981.
PRIETO POZA, Francisco. "Juan José Téllez y 'Bambú'". *Sur*, 24 de febrero de 1988.
QUIÑONES, Fernando. "Puerta de la Marea". Prólogo a *"Medina y otras memorias"*. Ed. Cuadernos del Mar. Valencia, 1981.
RAMIREZ ESCOTO, Rafael. "Una obra consolidada". *Diario de Cádiz*. 24 de julio de 1988.
REIG, Ramón. *"Panorama poético andaluz. En el umbral de los años noventa"*. Editorial Guadalmena. Colección Ensayo. Alcalá de Guadaira, Sevilla. 1991.
RICO, Francisco. *"Historia y crítica de la literatura española"*. Ed. Crítica. Barcelona, 1994.
RIOS RUIZ, Manuel. "Paco de Lucía". *ABC Cultural*. Marzo, 1995.
RIQUELME SANCHEZ, José. "Algeciras en la voz de los poetas". *Tribuna de Algeciras*, 13 de febrero de 1986.
RIVERA, José Luis. "Juan José Téllez Rubio". *Área*, 21 de octubre de 1979.
ROBLES, María Angeles. "Territorio Estrecho". *Gaceta Gaditana*, núm. 10. Junio, 1992.

RODRIGUEZ, Juan María. "El periodista Téllez rastrea en la leyenda de Paco de Lucía". *El País*. 13 de enero de 1995.
ROMERO PECHE, Juan Luis. "Play it again, Sam". La Isla. *Europa Sur*, 12 de febrero 1980.
RUIZ FERNANDEZ, Maria Jesús. "Las vidas aparentes". Sur Cultural. *Sur*, 9 de febrero de 1991.
RUIZ TORRES, Manuel Jesús. "Daiquiri". Suplemento cultural. *Diario de Cádiz*, 14 de enero de 1990.
SALVADOR, Alvaro. "Ciudad Sumergida", en "El curso de los astros". Revista *"Olvidos de Granada"*. Granada, 1985.
SATUE, Francisco J. "Medina y otras memorias". Rev. *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid, abril de 1982.
SILES, Andrés. "Presentación del libro de Juan José Téllez". *Sol de España*, 5 de mayo de 1981.
SOREL, Andrés. Prólogo a *Qadish. Muestra de la Joven Poesía Andaluza*. Fundación Municipal de Cultura. El Puerto de Santa María, 1980.
STABILE, Uberto. "Crónicas Urbanas, J.J.Téllez Rubio". Revista *"Bananas"*. Valencia, 1980.
TORES, Alberto. "Sábanas y cobertores, la doble mirada de la honradez". Papel Literario. Suplemento del *Diario de la Costa del Sol*. 19 de marzo de 1995.
TORES, Alberto. "Daiquiri...". La Isla. *Europa Sur*, 29 de julio de 1995.
TORREJON, José. "Historia y leyenda de Paco de Lucía". Suplemento Fin de Semana. *Diario de Cádiz*. 18 de diciembre de 1994.
TUVILLA, José. "Qadish". Revista *Andarax*. Almería, 1980.
TUVILLA, José y Fernando. *Poesía andaluza como recurso globalizador en EGB*. Editorial Cajal. Almería, 1985.
URBANO, Manuel. "La más nueva poesía en Andalucía". *Ideal*, 1978.
URRUTIA, Jorge. Juan José Téllez en el margen. Revista *"Zurgai"*. Bilbao, diciembre de 1994.
VARGAS, Rafael. *"Entre el sueño y la realidad. Conversaciones con poetas andaluces"*. Editorial Guadalmena. Alcalá de Guadaira (Sevilla), 1992.
VARIOS.
- *Gran Enciclopedia de Andalucía*. Sevilla, 1980.
- "Qadish". *Mundo Obrero*. 1 de junio de 1980.
- "Tres poetas gaditanos en 1981". *Diario de Cádiz*. Martes, 29 de diciembre de 1981.
- "Textos reunidos para José Luis Cano". *Abc Literario*. 29 de agosto de 1987.
VILLAN, Javier y POBLACIÓN, Félix. *Culturas en lucha*. Andalucía. Editorial Swan. Madrid, 1980.

MELODÍAS INOLVIDABLES
(1978-1995)

DE "CRÓNICAS URBANAS"
(1979)



1

Al principio no hubo ciudades:
los hombres vivían de la caza
y de la pesca. Podían contemplar
desnudos el sexo verdecido
de la lluvia, los esteros, el mar
de las fogatas cada noche.
Luego, vino la Hansa, los esnackbares,
el radiador y los paraguas.
Luego, llegamos todos (el domingo
se llenaba de maíz y cacahuetes);
luego, los ríos bebieron
lima de la Shell,
gasoil y miedo las palomas.

2

Nosotros, poetas de tercera fila,
hemos nacido en los suburbios.
No supimos quien era Ginsberg
hasta veinte años después de "Howl".
Con frecuencia, nos reunimos
en los bares, hablamos de flamenco,
de los últimos poemas de Paco
Bejarano. ¿Para qué vale toda esta
ceremonia ciudadana, dígame? Hermanos,
el poeta se ha hecho para la vereda,
para deslizar la miel sobre las
guitarras (Big Bill Broonzy), para hacer
el amor bajo los trigos. Y ya que escribo
ésto en mil novecientos setenta y nueva
(una pequeña mañana de sábado triste)
os daréis cuenta de a dónde hemos
llegado: la agonía terrible de los hombres
en los muros granados de las calles,
el pulso acelerado de los grillos, ya
sabéis, apenas quedan fuerzas para el aire
(alguien nos ha dicho que vivimos).
Pesada costumbre nuestra de olvidar.

3

Tenemos tú y yo un rendevú atrasado,
señorita, hemos visto anochecer
tan lentamente, aupados al ala
de tu pamela, deja tu pedigrí
sobre el escritorio (aquella vieja foto
de papá con música de Bela Bartok).
Te pareces a un retrato de Van Gogh.
Podría decirte ahora algo bonito,
yo que sé, préstame tu cuerpo. *Yo*
te apago el lark. Esta noche tú
no estás para nadie, mamuasel,
olvídate de aquella cita de seda
en el Liceo, piérdete junto a mí
en alguna triste pensión del muelle.
Deja bien cerrados los visillos.

6

La poesía
sale de los ríos.
Habla de mujeres
vulgares, de
mujeres que no huelen
a alcanfor.

La poesía,
gestos larguísimos
y dulces
de desangrar las venas
del silencio,
de abrirse en brazos
al murmullo y mirar

la poesía
que queda en los hospitales,
en el hombre que carga
la recámara del miedo,
en las paredes
del grito
y en las azucenas.

La poesía
es una gota de aire
para el cuerpo inmóvil
bajo tierra, bajo el yugo,
bajo la inánime soledad
más sola.

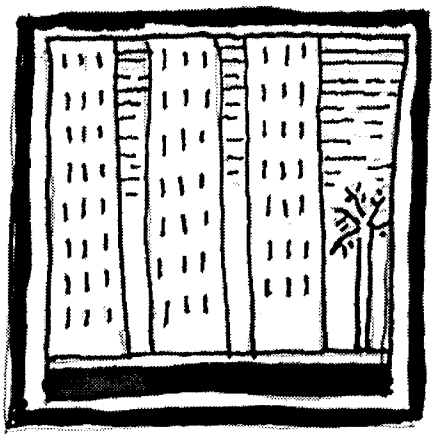
11

Pepa,
tú que tienes
cara de fresa, me hundiría

en tu seno
de repente, tú,
un solitario de vino,
un puñal de ventanas.

Tú
que tienes
cuerpo de viña,
me ataría al cielo
de tu enagua.

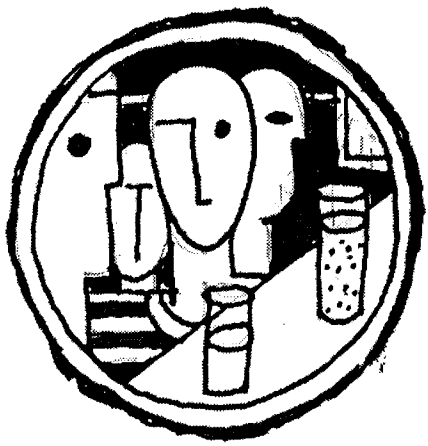
Tu
pelo
negro, tu pelo,
hacia el mar de tu
espalda.
Tú que tienes sorbos
de lirio, cuerpo de uva,
un museo de mimbre bajo tu ceja.



17

Usted no sabe lo que es vivir
en un barrio, viejo, aguantar
golpes (no se canse, a veces
resulta divertido); los domingos
llegaban los chicos de la parroquia,
aquellos preciosos, angelicales,
elegantísimos bebitos que sonríen
como locutores de televisión.
Y luego, aquel ir y venir
a los billares (una geografía
de señoras gruesas, despeinadas,
envueltitas en batas de guatiné),
las reuniones --casi eran susurros--,
los vecinos que volvían de la cárcel
(aún hoy vuelven) y mire usted
las legañas de Asunción,
Asunción debería dejar el güisqui
un día de éstos, deberíamos dejar todo
eso en claro y enseñarle los albaranes
del pueblo a los alcaldes, a los
mágicos señores vestidos de leotardos.

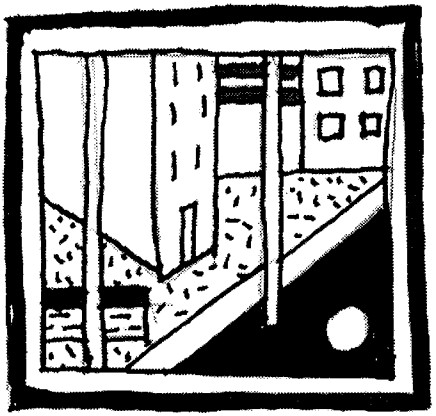
¿Y a qué viene aquí usted? ¿Qué
quiere que le diga de estos suburbios
difíciles y ocultos, caballero,
de las batidas cada noche
de la policía, de la última pelea,
del último recibo de desahucio? Aquí
no vale escribir, gritar, sacar la voz
de hombre honesto y decir andan mal
las cosas, ciudadanos*; ustedes,*
los intelectuales, saben de esto poco:
leen libros, asisten a conferencias,
se les escapa un versito, qué hermoso
y qué tierno, camarada (nosotros
no tenemos tiempo para repasar "El Aleph"
de Borges; no lo hemos leído). Amigo,
esto no es una instantánea, un lugar
de turismo, esto no es Miami Beach
pongo por caso. Aquí hacen falta
manos que sepan levantarse tras el fuego;
yo no sé tu nombre, pareces un buen
chico, este podría ser un lugar
aceptable, por ejemplo, para dejar
que la historia abra su paso
en la luna de hormigón de las barriadas
en donde da de cara la luz incandescente
de este turbio siglo en que vivimos.



26

para Serafín Martínez

No se lamente,
paisano, uno no sabe apreciar
lo que le falta. Hemos
inventado el punk, de una manera
discreta, para no desabrigar
nuestros temores ante el espejo,
para decir a nuestros hijos
que hemos tenido pasado,
para sentirnos menos solos
cuando descorchemos la última
botella en nuestro piso,
el elepé de Sex Pistols, el ácido
y el desayuno con beicon
y naranjas. ¿Qué debía decirte
de la historia, hermano,
decirte del pulso, el anís
y las anfetas?.



32

para Ana Sánchez

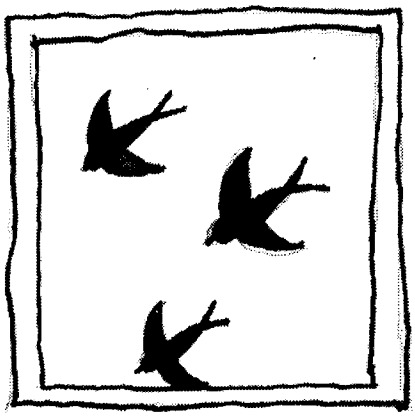
La soledad empuja
a escribir cartas, cartas
que ni envías ni relees,
cartas para no olvidar
que no te oyen, para no acabar
hablando solo.

Entre la mustia
soledad de parque y parte,
y la soledad maldita
de los cines, se amasa una voz
hecha de voces que no terminan
nunca. Así, sin amor,
latido ni esperanza, un aluvión
de risas que se escapa;
el recuerdo, un dibujo que subrayas
sobre el espejo negro de los cuadros.

40

Perdidos, sin encontrarnos, golpeamos
las vitrinas cada amanecer como esperando
que ésto sólo fuese un mal sueño de marzo
pero ocurre que en la calle (el ruido
de los tubos de escape, la lluvia que golpea
los telares, las bicicletas) te devuelven
a esta triste geografía de peldaños,
a este oscuro rincón de gin tonic, colega,
pásame la china, hay momentos (románticos
momentos) en que aprendes la canción
cotidiana de las calles, las crónicas
alertas de los chapistas, los talleres
de mecánica, las carpinterías. Perdón
por el asfalto, por los futbolines, perdón
por las cafeterías y los parques sucios,
perdón por las avenidas y los hospitales
(nosotros hemos nacido aquí, no tenemos
culpa, sólo la grave, la angustia infinita
de sentirnos solos con el mármol y el estuco,
solos con el cristal delgado de los automóviles,
con el dulce temblor de las prostitutas).
En la pálida cinta de las terrazas, se oscurece
un tiempo de carteles luminosos, instantáneos
barriles de nostalgia y aspirinas, vieja ciudad,
vieja puta herida, madre nuestra destrozada.

DE "MEDINA Y OTRAS MEMORIAS"
(1981)



QASIDAS

1

Cogimos el camino de la arena,
sin vernos,
en silencio, siempre
tan callados, pensando en sitios
pequeñitos
y también en tí, suave
mujer oceánica de entonces,
increíbles labios de paloma,
muchacha cenicienta
de Sevilla,
tú, tan cálida mujer de oro
te recuerdo.

3

De vez en cuando, sucede
que te callas y hablan los cuerpos
oscuros que te cercan,
hermosos efebos de Oriente,
hombres del Magreb,
discípulos de Persia y de Judea,
dicen alegres historias
del Soho,
la fiera rabia gris de los tiranuelos,
cuentan aquella triste matanza
de Al Andalus y de hombres pequeños
y delgados que hacen el amor
en alcobas de hule.

6

De nada sirve toda esta teoría
descubierta,
los párrafos larguísimos
de los hombres sabios de Córdoba,
no vale decir estos versos
si tú no los oyes,
redonda muchacha de allí,
corazón de plumas,
viejo estuche de nácar, compañera,
ya esta noche te pesa
y te recobras,
oras, oras largamente por si dios,
por si acaso dios oyese lo que digo.

7

Tiene Medina los ojos profundos, la tierra que tapa
a boca en silencios del mar que no llega.
Los atardeceres son aquí más blancos
y tú, Hisäm, año 314 después de la Héjira,
en tus manos abiertas de poleo y esparto
puso la historia su hueco de lana,
su cuenco salado de miel y tomillos.

14

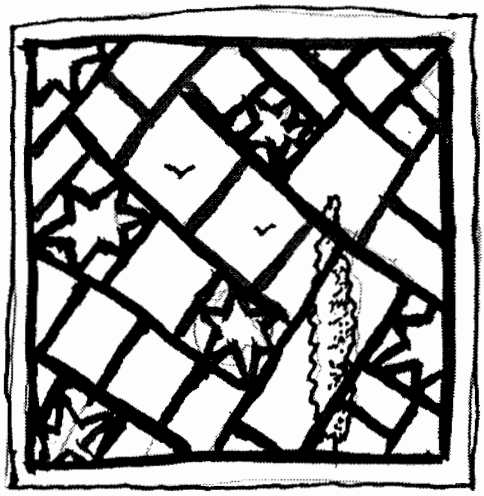
Ya sé que recordáis frases magistrales,
que habéis estado en Siria, pero cuántas
veces os parasteis junto al río
a oír la voz de miel de las abejas.

15

Iba solo y despacio Boabdil en Granada,
en un silencio triste, muy despacio he dicho,
dando vuelta atrás con la vista,
haciéndose lejos, hacia las grandes dunas.

16

En Axa, aquella mujer celeste
me decía de amarnos,
amarnos hasta que amanezca,
hasta que cambie
la luz de Orión, el camino
del mar,
la dulce sintonía del mar,
en Axa me decía
(temimos el fino puñal de oro
del esposo). Me decía
de amarnos, amarnos hasta siempre,
hasta que amanezca en Axa.



GACELAS

1

Sobre todo,
se olvida fácilmente
la historia pequeña de los hombres
sencillos; recordamos,
en cambio, las gruesas, bronquiales
palabras del jeque,
la voz de a caballo de los generales,
el grito mercantil de los jueces.
Y fijar los ojos
en Abderramán, los reinos de taifas,
la brillante arquitectura
¿y aquél,
y aquel regazo limpio en Marién,
aquellos huertos chicos
de Almoraima,
la mirada brusca de la gente del mar?.

3

Zyriab dice "Vejer"

Discípulo de Isahq-al-Maw sili
vine de Bagdad. En Isla Verde
oí la muerte de Al-Hakam
y tuve miedo.
Conozco las variaciones
de la melodía proscrita por los libros
y fui músico para Harum al-Rasid.
Aquí estoy para aguardar noticias
del sucesor,
en una aldea blanca que dicen Xauen
por su semejanza con la delicada
ciudad del continente, a poco de la costa.

5

Ben Abi Ruh

Junto al río de la Miel,
te vamos meciendo mujer de fuera,
y acaricio tu cintura nubia
y te vas perdiendo
poco a poco y aquí nos vamos
hablando despacito,
Algeciras, la perfecta soledad
tuya de moverte,
oreando el cuerpo delicado,
los pájaros del cuerpo, ese amor
sólo del cuerpo y acaricias
estos ojos míos que te escuchan.

7

"Reposamos en el huerto de los arrayanes"
Mosë Ibn Ezra

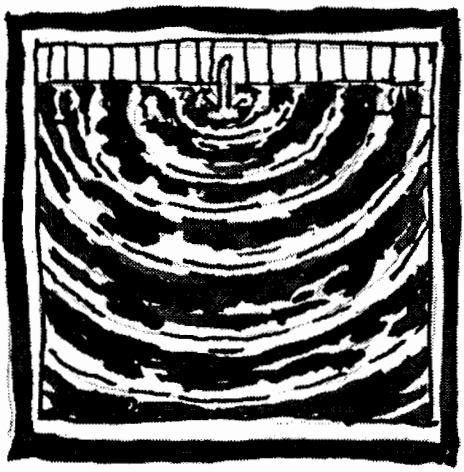
Suavemente aspiras kifi,
es dulce el patio entonces,
los contoneos del aire entre los arcos,
ese modo cansino de mirarnos
como bebiendo el cuerpo que acaricias.
Te nos vas, te nos vas perdiendo allí,
en el rumor bendito de la tarde.

8

Gacela de la muerte armada

"...convirtiéndose en el nuevo hayîb
con el epíteto de Al-Mansur Billah
(Victorioso por la Gracia de Dios...)"
Antonio Medina Olmedo

Quisiera ir recordando tus versos solamente pero,
Almanzor, se me va viniendo a la memoria
esa crónica de miedo que me cuentan, ese brazo
tuyo, generalísimo de Al Andalus, siglo X
de la era cristiana y recordar, recordar aquel siniestro
permanente; lleva tu sello la historia andalusí
que viene hasta ahora y ya pasan mil años,
Al Mansur Billah, que te presencio,
que Al Andalus te guarda con sello inalterable
y oigo: "...Y con la intención previa
de ganarse para su política el apoyo de los juristas,
mandó arrojar a una enorme hoguera pública
los libros de astronomía y filosofía que encontró
en la fabulosa biblioteca reunida por Al Hakam II".
Tú llevas la antigua compostura de los cuchilleros,
los ojos ciegos y militares del crimen colectivo
que te toca el pulso y las medallas. Habríamos
de pararte, caudillo, esa vieja cólera carnívora
y ver, ver muy clarito, e ir comparando las señas
poco a poco: Galib, General Moscardó, Ibn Abi-Amir,
batalla de Brunete y abrirnos, nombrar con cuidado
los datos personales, tus tiernos apellidos matarifes:
Almanzor, generalito, alzas la mano, decir, decir
asesinos *o* que tú bordaste *o decir* por la gracia de Dios,
o lo que quieras y seguir, seguir viviendo, por si acaso.



9

No respeto la ley
porque aún creo en el perfume de ti,
en lo que de cierto queda
en el pequeño valor de las arcillas
del Mercado.
Y no amo tampoco los jueces de palacio,
esa mirada sombría de quien
redactó el Corán,
el código,
las leyes arcanas de mi pueblo.

15

Si nos fuese prohibido
mirarte,
correríamos hacia los grandes
cuchillos;
y a temblar en un rincón
oscuro
si nos fuese dicho no amaréis
esos verdes ojos grandes
ojos verdes de Zoraida,
una brillante cintura de jabón,
los párpados caídos,
su aromático perfume de naranja.

16

para
Ángela Muñoz

Pasó el último verano, la última corrala
del verano viejo, el último levante
en las corralas del verano viejo del Sur.
Me fui. Andando en ti, sobre el canto
desnudo de la tierra, en ti sobre
el canto desnudo, sobre el canto.

21

Y besándote, Rah,
acariciar tu espalda limpia,
descender a la orilla de tu pelo,
hacer que se detenga el surco
de tus piés sobre la playa.

Habríamos de amarnos
junto a los grandes árboles
de Cádiz,
a Occidente, sobre el césped
extenso de tus ropas de mirra.

23

Gacela del destierro

"Quitónos el español
nuestra opinión en un día"
Guillem de Castro,
Las Mocedades del Cid.

Así, Alfonso X entrara en Sevilla con soldados,
Isabel publicase bandos después de Granada,
todo fue como un suspiro largo, una agonía,
lentísima agonía del Sur. No volaron las calandrias
nuevamente. Se fue todo quedando como quieto,
sobre la palidez sorda de Castilla, sobre ese paisaje
único, fanático; de vírgenes purísimas llenaron
las mezquitas, prohibieron la lengua mora, aquella
nuestra lengua original, geométrica, del hombre.
Llegó España hablándonos de órdenes, gritando
ese dialecto de la ley divina (decían que dios
aprobaba aquella diaria masacre popular, decían
que era todo decidido por los santos, que hacían falta
el miedo, las persecuciones, la Novísima Recopilación,
decían). Y fuimos así muriendo poco a poco, olvidando
las voces andaluzas, aquel catón liberal del árabe
que vino y que dejó sobre el suelo una savia
distinta, un modo diferente de hablar a los geráneos,
y se fue, nos fuimos nosotros quedándonos solitos
con una historia ajena clavada en las guitarras.

24

Pudiese haber sido de otro modo,
ese runrún terrible de perderse,
de irnos fuera del tiempo
como ajenos,
como diciendo no importa,
o adiós, o puede ser que vuelva.

DE "CIUDAD SUMERGIDA"
(1985)

EVIDENTES CONTRADICCIONES

"En la costa del sur: el hombre quiere
Caer donde el amor fue suyo un día"
Luis Cernuda

Gustas que el amor se mueva por inercia,
pero querrías sólo una vez, a despecho, vencerle,
disponer del triunfo en la panoplia
y recordarlo anciano, como un suceso
de juventud, ciudad nublada o plazuela nocturna.

Ya nadie llora, porque el desconsuelo es hábito
y el deseo infortunado, una costumbre
cómoda y del tiempo. Si no sentimental,
a veces añoro la ternura que dicen novelas y retratos,
recorro el bosque al amanecer buscándola
como a una trémula amiga que del hogar partiese
y al relente hubiera acampado en la noche.

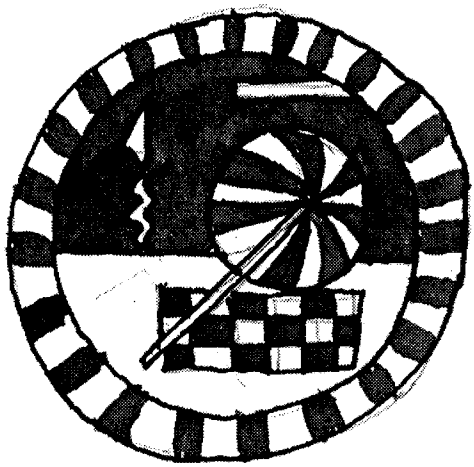
Así éramos entonces, sin infortunio.

Recordad los árboles y la fiesta de Mayo,
la luz celosa de un crepúsculo ambiguo,
las barcas nocturnas
haciéndose al mar con linternas,
la plaza vacía y la dicha absoluta
de las muchachas, cuando
todo era silencio, primera pasión
y sonrojo, ¿o tal vez el pasado
lastima tanto
que uno quisiera, a veces,
cambiarle los detalles,
equivocar la fecha
o restarle importancia?

Pero ahora, esta ciudad es ajena
y nadie recuerda hoy aquel año mismo,
los colores que quise ni el domicilio
oscuro donde la gente huía
de esa miserable costumbre antigua
que atrapa en su madeja,
como una artesana que convidase al hijo
a proseguir su oficio.

Nos veo venir: boxeadores incapaces
de resolver el combate
arrojan a la lona, junto a la toalla sucia,
el guante de su riesgo.

Vamos a rendirnos sin amparo
desposeídos de razón y sabiduría,
arrastrados al fin en la tibia música
del transporte colectivo,
sin desorden ni vicio
ni esa tremenda precisión de ser felices.



PLAYA NUDISTA

Abandona el cuerpo a la pereza del Austro,
la vulva abierta al sol que cicatriza.
Hasta el crepúsculo, hundida en la tumbona.
En pies descalzos, dedos humedecidos
por el mar que ronda como aquel que acecha
en la penumbra, el miembro yerto. Acaricia
suave colina, caderas poderosas, la calle
del amor donde ha llovido. Que el Aquilón
no llegue a entorpecer el reposo de la reina
dulce que el placer gobierna, rectora
de la dicha, soberana de seno rígido, sobre trono
de arena, descansa como una tabla de viento
que ha navegado, en la tarde, océanos felices.
Y rendido amantes, junto a su vela erecta.

QUE AUN LA NAVE DEL OLVIDO

para Javier Egea

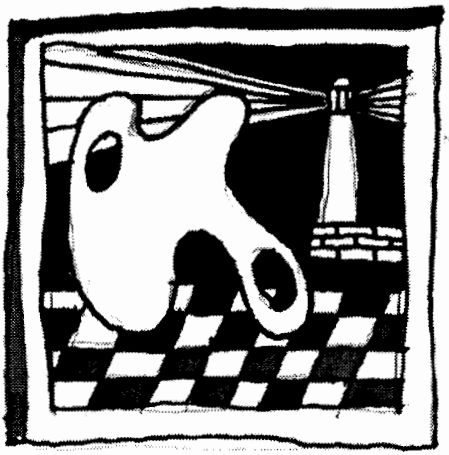
Tanto mar y de golpe,
tanta historia y vencida".
J.E.

I

Trae a veces el levante, del mar, la música,
ese pecio dorado del recuerdo que encalla
en días violentos sobre el alféizar verde
donde el viajero contempla la ciudad enemiga,
sus árboles trémulos o el velador vacío.

Es cándido el aroma de la mujer solitaria
que gira la sombrilla contra el miramar,
único testigo del paraje silente
roto por las aves que el otoño regala
como dádiva a la orilla que tanto le requiere.

Y, tal vez por ello, el desdén se alce
sobre calles blancas o el arriate débil,
entorne tapaluces y empape al transeúnte
como lluvia soberbia o plácida neblina,
aluvión molesto y sin misericordia.



II

Cruzan caballos nocturnos esta playa
donde el sosiego crece y la gaviota anida
en su pereza de anciana navegante
sobre el mirador humilde, la costa atlética
que el jazmín domina con su aroma fácil.

Sueña el viajero entonces fábulas marinas,
atónitos sucesos, islotes generosos
bajo la erupción del tiempo o galeones errantes,
devueltos por la historia a orillas de la muerte.

Tal vez por ello, alegre esa cadencia
que la marejada dócilmente anuncia
cuando el alba dispone el ultramar de nuevo
que con rigor bautiza espaldas infantiles
sobre la linde lejana de un pálido horizonte
de donde emergió el planeta como un corsario imprevisto.

III

Yo recuerdo el mar en aquella primavera,
templándose a la orilla de hogares silenciosos,
donde ondula el alisio las colinas voraces
y el corazón del hombre que teme su amargura,
cuando ha visto ciudades donde la luz existe
pero se condena al tedio porque el amor no vino.

Era en el ocaso de los suicidios,
con su vocación de muerte escrita en la bahía
porque no supimos nunca que tras el horizonte
varaban los navíos de pueblos poderosos
donde los hombres sabios buscaron su refugio
contra leyes oscuras y gobiernos terribles.

Dulce el paralelo donde la noche reina
y las aldeas buscan cobijo en la montaña
desde donde bajan antorchas peregrinas
hacia un mar perpetuo sin pleamar ni rutas.

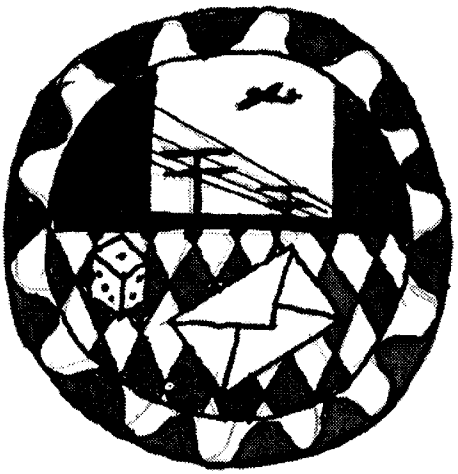
Podría ser recuerdo o referencia temprana
este mar que la estación atrae como ave migratoria,
mujer en vacaciones, leve brisa en suma,
hermosa transeúnte fugitiva del clima
propenso a la tormenta.

IV

Por entonces, aquello eran profanas luces rojas
al pie de los caminos y bajo tolerancia.
Así, las jóvenes de cadera satén y seda deshonesta,
o suave visón obsequio de un cliente discreto
y generoso. O, en cambio, a veces, microsurcos,
memoria lejana de un marino, la canción.

Podría todo ritmo sensual saberse mágico.
Por ello, proscritas ciertas armonías, eficaz
bebedizo cuando amar es un bolero que el riesgo
canta al vaivén de su orquestina. Breve fiesta,
pues, esto de la dicha en pentagrama, letal paraje
donde el ritmo apura la soda feliz y la ginebra
porque siempre conviene que no moleste el recuerdo
para aquellos que bailan bajo el rubor de la noche.

Al cabo, ignora aún este país solar e inaudito
que del varadero parte la nave de su muerte
bajo un compás de música distinto a la costumbre
sobre el curso de corrientes que al sargazo navegan
hacia un cabo profundo donde el capitán encalla
las amuras de babor sobre un coral imposible
porque espera que la vida salude desde puerto
como la dama latina que a su galán despide.



V

Ese mar como un gran chanel atlético
o un ser de mar, así tú
si dejas hendirte como al golfo
ese mar como un gran chanel que fui.

Quiero mecer sobre la piedra mi naufragio,
desdecir a dios pues soy dios de quien soy.
Arrullar el archipiélago a mi falda
y parecerme a la muerte que me cita.

Ese mar como un gran chanel contiguo,
que en cierta forma aspiro
como si fuese opio o mezcalina,
centinela de mi nombre y de mi tiempo,
paisaje liviano de este propio mar
como un gran chanel.

FEELINGS

¿Descansarás ahora en la hamaca húmeda de la isla?
Yo te veía cruzar, en invierno, sola este barrio.
Huir hacia colegios remotos cubierta con paraguas,
dichosa en la playa o transeúnte anónima.
Enmujercerte allí, en esa geografía discreta
de las provincias del sur, donde el recuerdo conoce
que la historia es un sino implacable,
un atroz carnívoro que vive celoso, al acecho de su presa.

Busqué tu número y paradero, indagado en saunas
y fincas de verano. Nadie te sabe ahora ni nunca,
salvo éste que quisiera prestarte la costilla,
crecerte de sí, o adanizarte en parajes turbios
donde se acostumbra siempre a la nostalgia,
antídoto a la angustia o al oficio terrible
de hacerse melancólico o poco dichoso asunto de rutina.

¿Descansarás ahora en la hamaca húmeda de una isla
océana, o tal vez tampoco hubo navío para tí,
refugio en la sentina de los biplanos,
un expreso a oscuras o la muerte a tiempo?.

CLIMAS

I

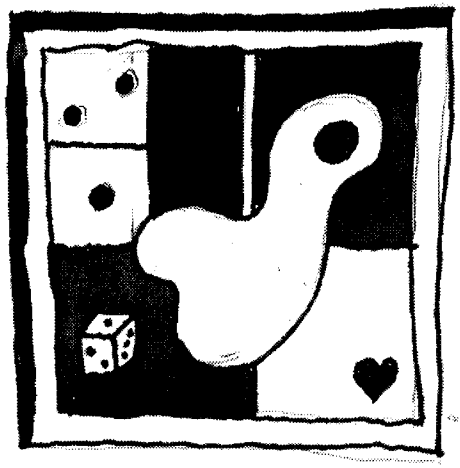
Si el mar se viene a ti sin su turbulencia
y te puebla de aldeas y casones,
de oasis oscuros donde el amor te anime
y ofrezca sus víveres, ¿podrás negarte?

Hay lugares celestes donde la vida cruje
con su inquietud liviana
de hoja diminuta
y bajan los ríos perfectos hacia valles antiguos
donde los pájaros no temen la estación
de las lluvias.

Exterior como soy,
ni tirio ni troyano,
ya no es el sur mi patria, ni ésta mi casa,
ni mi balcón, el verde.

Yo he visto a la dama
de la toca de luto
en otro lugar y aquí y en otro sitio.
Yo he visto las copas del bosque
dar sombra a otro cuerpo
semejante al que veo. Y nada es distinto ni igual,
y la historia es la misma. Y no tengo
condición ni tú la tienes.

Ni son los héroes mejores que el tirano.



II

Pero será mañana un río
lo que hoy es la alcoba. De los álamos
vengo con la espiga
y aquí, de la muerte, recibo cartas
en mi ático fértil.

Soy preso de la dulce de cabello
de aromas
y de la región infame que ni cobija ni enseña.

De mi cepa, reniego.
Y como la mantis, asesino
a quien a mi abrazo cede, le despojo de sí.

Como hicieron conmigo.

III

Dejadme habitar aún mi hogar suave
donde el mediterráneo llueve
sobre la escarpada meseta
y anidan los pájaros transeúntes
y la mujer que amaba
se decidió al olvido y mudó de mí,
como le huyen las cigüeñas
al invierno.

Permitidme al cabo ese leve permiso:
lleva a la nostalgia
un ferrocarril anciano,
que cruza años y huertas y páramos y días
con esa furia serena de caballo perdido,
ajeno a toda rienda, sin posta ni jinete.

PROFECÍAS

A veces, creo que soy como un cable telefónico o el conducto de gas
y entro en los hospicios abandonados, tropiezo con jeringas desechables,

allí donde el vago nocturno vacía su botella
y no llega el sonido de los aterrizajes sobre el aeródromo.

He aquí la generación que dicen mía,
prófugos de su edad y huéspedes de otra.
Se asoman a las ventanillas de los microbuses,
aguardando ver la infancia
como si fuesen Livingstone y Africa, su historia.

A veces, creo que soy como el metropolitano,
acuno al pedigüeño con su humedad nocturna.
Allí, donde mañana sucumbirán de pronto
los furgones de reparto de periódicos, los paneles de publicidad
y la ciudad misma y su destino de estrato y de Carbono 14
cuando el tiempo y las bombas decidan por nosotros.

A veces, creo que soy una orquesta sinfónica,
o lo mismo, una alhaja
de esta burguesía reacia a decidirse.
Aristócratas de lamé con botas de caña,
hundidas en su arruga de archivo paleográfico
y amantes de un extraño aprendiz de forense.

No saben los caballeros que el abrigo va a cansarse un día
de cubrir sus espaldas
y como si fuese orate, andará dando gritos
buscando la gargantilla o su astracán perfecto.

LE CONOCÍ EN UN LUGAR DISTINTO

Aquel que renunció a su origen de carbón sagrado,
no es peor que Trastamara o Mc Carthy, el célebre ostracista,
pero quiso también la arboleda primaria
y algunos años compartió las repulsas.

Es cómodo ahora y aguarda su turno de almacenes de ropa
y el pisacorbata estira con detalle
y tiene descendencia con rasgos bermejos.

Mas no indaguéis su momento próximo al sitio que yo amo.
Aquí, sólo putas e hijos de burgueses,
y la criada con cántaros y el músico que la policía buscaba
/antesdeanoche.

DE "BAMBÚ"
(1988)

ISLA VERDE

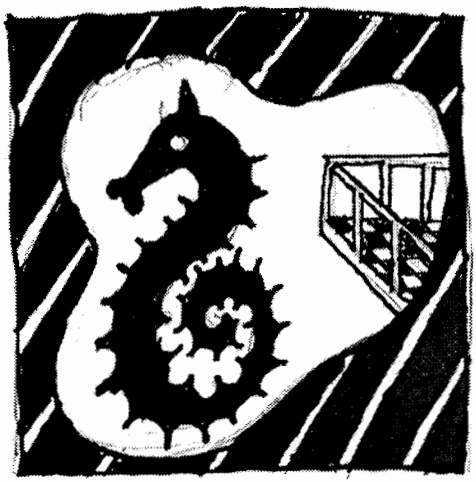
Quien diese nombre a la ciudad,
sepa su extravío.
De la ceniza viene como barca sin lumbre,
que vira del cabo a la bocana
con el naufragio escrito en sus cuadernas.

Contonea el paraje su marabú calizo
y bajo la túnica, el ojo morabita contempla
la posada donde han muerto
caballos de mar con su crin deshecha,
jirones de vestidos y el don de la memoria.

Mancharán sus dedos polvo de oro
y en corso, las galeras
rodearán zaguanes. Su majestad de hierro,
en la Isla, fondea el paquebote.
Llora, Fabio, sus ruinas, mas éstas del progreso.

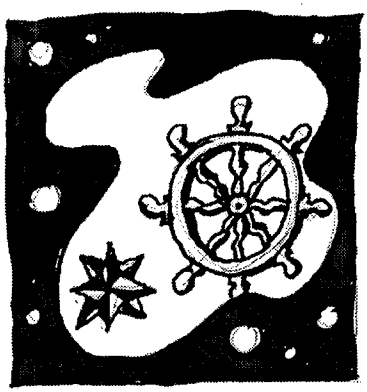
A dónde ese muchacho, bajo el rocío,
preguntará por la suerte de Amatea, a quien quiso,
por los cómplices que libren
de la Ley a su Reino o las claves que expliquen
el curso de los astros.

Del cálido bullicio, la población dormita
sobre el lecho del río al que ha renunciado.
La corriente detuvo su singladura
y rielan, impasibles, las quillas sobre templos
hundidos. Vegetal retirada,
le incendió la ira. Testigo fui de aquella hoguera
que aún a veces, en noches del estío,
levanta fuegos fatuos.



LOS MEJORES AÑOS

Anudan en pañuelo su camisa al vientre,
les acompaña el rizo del salitre
y estambres del amor devoran su pistilo
como planta carnívora. Fugaz, dicen luego,
esa edad primeriza. Ahora eterna,
en cambio, juzgan la plenitud de sus miembros
y suponen permanente la alborada
e invicta la luz del mediodía
que su alborozo enciende.
Corren a poniente sudorosos, silban cánticos
frívolos y exponen su ocio al anciano que mira
los años perdidos. Los mejores, miente.



FUERA DE LIBIA

El gesto libre,
la faz rendida al cuerpo marino que su cabello roza,
la ausente Libia iba y venía
con su licor de Tokay, entre la fiesta.

- "Retira esas manos de brusco rondador
-le dijo a Ralph Murray, en la terraza-.
Fui estrella libre e incluso mi oasis el peligro alberga".
Había venido del golfo en un velero
y su satén reclinaba en el piano la canción
que el álgebra del tiempo compone con las cuentas de la vida.

"Fuera de Libia, no insistas",
tuvo Carlos que imprecarle a Ralph,
tambaleando su ebria arquitectura hacia el lavabo,
junto al tapiz de Bertucci en el pasillo.

"Mi propio país, yo soy",
me repuso.
Desde el alféizar, miraba el rompeolas que quiebra
la calma falsa. No volví a verla hasta el mes de octubre
y apenas devolvió mi saludo en la distancia.
Dicen que ella es desierto y tiranía,
pero aún crecen los cedros sobre el valle.

VESTIGIOS

Existe una ciudad romana al sur de Xauen,
donde aquella tarde
quisiera haberte visto,
ocupados en la música de cítaras
bajo todos los colores del crepúsculo.

Eran de amor, nuevas sugerencias
y turbábanse los juegos
de soledad.
Había nociones de otra lejanía
sobre gestos amigos
que, a veces, se acercaban.

Lloverá delfines, el desierto, en Volubilis
y habrá lumbre, de nuevo,
sobre el ara del Pan.
Portada en palanquín, la cortesana
aún dice a Lucio su nombre de familia
mas él guarda silencio en el confín de Hades.
Melancólica como otras ciudades de la paz,
fue el olvido
quien puso a su soberbia término;
si no creció a la costa, es culpable el hastío.

El tiempo limó su leyenda en el muro:
"Si la batalla viene
-así rezaba-,
líbrala en tí mismo y, luego, llora".

BIOGRAFÍA

Nací a un siglo de la destrucción de Corinto.
Lo ignoré todo el tiempo y fui dichoso, a su pesar,
a veces. He amado muchachas que ya no recuerdo
y toqué la muerte como una forja fría.

No supe de la villa griega, entretanto,
asolada por ríos de lava o de guerreros,
como el país interior a donde nunca he viajado
y que, sin embargo, explica tantas cosas.

CRUZAR RÍO GRANDE

Desde el mar, las banderas, al viaje invitan.
Cualquier techo, dicen, es una rendición.
Aquel carguero navega al corazón del fiordo
y de un mercante, sobre el muelle, descargan
alfombras de Ispahan, clavo de las Indias,
licor de Madeira y pieles del Gran Norte.

Hay que huir del miedo, a uña de caballo,
cruzar Río Grande y escribir en Santa Fe
el verbo de un disparo a pólvora mojada.
Hay que ocupar el pescante del peligro
y asaltar, embozado, el correo de la muerte
junto al desfiladero del monte Gurugú.

Pero no tornes, en vida, a una misma ciudad.
El regreso hace trizas al cristal del pasado.
El tiempo no perdona la piel de la avenida
ni el zócalo que cubre a parientes o desvaríos.
Si sabes como llueve sobre los puentes de Praga,
juro que la lluvia no es distinta en Budapest.

Cansado como un perro, al calor de la lumbre,
relatarás los percances de la aventura.
Traerás como regalo lámparas de aceite,
la campana infame del Viejo de la Montaña
y la cabellera de un gigante isleño
cuyo único ojo se convirtió en volcán.

DE "DAIQUIRI"
(1989)

LA FORJA DE UN REBELDE

para Carlos Edmundo de Ory

Yo no soy un espejo, no soy un espejo.
Mi padre es el desierto que propone acertijos
a los transeúntes que cruzan por su puente.
Está confundido, usted se engaña,
no llevo revólver ni conozco su idioma.
Conduzco el volante de un carro de fuego
y convidarlo quiero a una copa de más.
Mire de firme a los ojos de la galerna
que mutila y que mustia y que murmura
como un lobo perdido, como un lobo perdido.

Descifré a la esfinge y emergí del Laberinto,
he mordido el polvo y la crin de Sagitario.
Inventé el imán y el gato de siete colas
pero usted no tiene perdón de Dios.
Soy una venganza, una tijera abierta,
que significa que habrá discordia pronto.
Si me otea en la noche, encienda una antorcha
y aunque acabe conmigo, préndame fuego.
Me hundió un bombardero en el Mar de la China,
cuando fui un sampán, cuando fui un sampán.

Usted se confunde, yo carezco de credo.
Es inútil que llame al cuerpo de guardia.
¿No ha oído la explosión de la trilita
que sacude los cimientos del hotel encantado?
He bebido la pócima de la Virgen María
y devoré el intrépido corazón del Cristo.
No hay pecado, ni alma, ni providencia
y sólo las horas muertas no añoran a nadie.
Soy la bella y la bestia, quizás le suene.
Hoy vuelvo dispuesto a matar y a morir.

CAYO LARGO

En el año postrero de la era cristiana,
yo vivía en una casa solariega
y me había vuelto mudo y tahúr de naipes,
navegaba a poniente en fueraborda.
Ella venía a verme con cierta frecuencia,
traía cerveza y productos congelados,
murmuraba "no comprendo cómo
puedes manejarte entre tanto desorden".
Hablaba de la ciudad y de sus nuevas,
de las apariciones sobre el monte sacro,
algún crimen fullero mencionaba
y las escaramuzas en la frontera Este.
Mi silencio eran signos escritos con lápiz.
Si mentaba la muerte, dibujaba un búho.
Si narraba un viaje, yo trazaba un número.
Si asteriscos, quería que se marchase.
A la noche, jugaba en solitario al ajedrez.
Oía tronar la plomada de las cataratas
y el transistor cantaba que el mes próximo
caería nuevamente el Imperio Romano.
Hacia el Canal de la Mona,
las islas de Sotavento empezaban a moverse.
Así transcurrieron los últimos días de Pompeya,
sin incidentes dignos de mención.
Llevé flores a la tumba del capitán perdido.
Alguien dijo que el mar son los fantasmas.
El clarinete del agua merodea Cayo Largo.
Allí donde yo habito, atiendo su advertencia.

EPITAFIO

A mi tiempo, tuvieron por una edad de tránsito:
doncellas claras, carricoches abandonados,
ciudades que perdieron su destino,
derruidas torres que eran Babel,
cualquier idea valía lo que tardaba en perderse.

Temblé de miedo en Lisboa, bajo el son del terremoto.
Jugué a la ruleta rusa y salió la bala.
He besado en silencio a la mujer araña
y horneado panes con la harina de otro costal.
Yo hice saltar la banca de un casino en Montecarlo.

Aunque navegué hacia los caladeros de Terranova
y no a la Tierra del Fuego desde el Paraguay,
presiento el mensaje de la Isla de Pascua
y despedí en Dunkerke al soldado desconocido.
Aún soy un guerrero de piel roja.

Prended a Manitú la yesca de mis restos
o mi espíritu que fue llanero solitario,
vagará por la pradera como un caballo loco.
También acaba el gato sus siete vidas
sin santo que le salve ni perro que le ladre.

A VER SI NOS VEMOS

Te busqué en Hanoi durante un mes de otoño.
El traficante Collins no sabía de tí
desde que actuabas en un café de Kenia,
pero me entregó un dije por si te veía.
Su reverso lleva escrito en signos griegos:

σα ασδλφκφα α σλδκφ α σλδφ αφλσδφ

cuyo exacto sentido nadie me tradujo.
Estuve en las islas, llevando caña y mulatos.
Pregunté por tu suerte entre las ruinas de Teherán
y un tipo oscuro y lento me aseguró sin duda
que habías sobrevivido a las revueltas.
En Roma y en París, demasiado ocupada.
Tu teléfono de Estocolmo comunicaba a menudo
y una sueca idiota me entretuvo en balde.
Estuvimos a punto de coincidir en Sidney
pero sobre el mar nuestros vuelos se cruzaron.
En Indianápolis, rodé en la escudería
de un italiano rico y tenebroso.
Derrapé en la última vuelta del circuito
cuando tú abandonaste, de repente, las gradas.
Esta misma mañana he llamado a tu puerta
y un mayordomo seco apenas me repuso:
"Aquí ya no vive esa tal Literatura".

LA DESAPARICIÓN DEL VOCALISTA

El solista del grupo abandonó el hotel.
Lo busqué en la isla, el pasado invierno.
Le vieron bailar con una adolescente
en salas de fiesta donde corre la coca
y escaparon juntos en un descapotable.

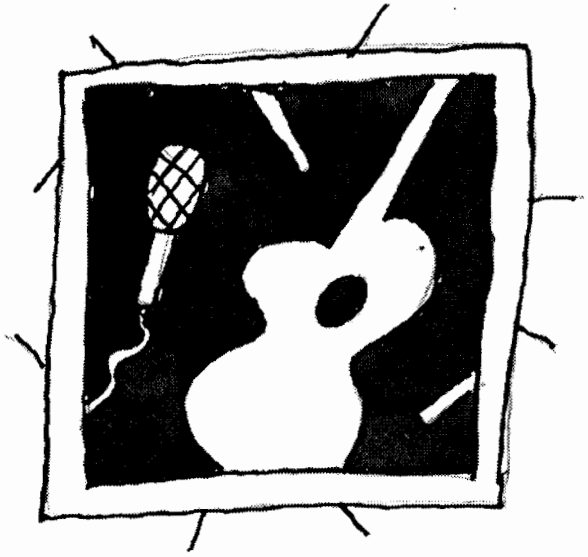
No volvió a la playa donde recrean las tablas
el cuento de que el mar sigue siendo la muerte.
Guiñaba a las azafatas y a las institutrices.
Olvidó sus vaqueros y el fijador del tupé.

El auto apareció en un local de reventas:
"Claro que era rubia -el encargado observaba-,
como las quinceañeras que sueñan con mudar
de color y plumaje la rutina que habita
ciudades de provincias en los tiempos de orden".

Sus padres residían en un remolque amarillo:
"Buscaba moras y flores en el claro del bosque.
Vivíamos, por entonces, en el viejo sur.
No sé si usted conoce la antigua patraña
de los indios que hablan a solas con el río.
Ella siguió su curso y olvidó el regreso.
No se crea, amigo, éso suele ocurrir".

El solista del grupo tenía un libro de horas
donde anotaba, a veces, su piedra favorita,
amuletos, palabras y señas de moteles
o de domicilios donde no fue desdichado.
En la última página había manuscrito:
"Al viejo sur, los ríos, todavía,
murmuran el silencio de las plantaciones,
la metrópolis muda, su callada sombra".

Le dije a los chicos que no pude encontrarlo.



AQUELLA SÍ QUE FUE UNA GRAN PELEA

Ya no sabía cómo pedir al árbitro
que declarase el tongo o el combate nulo
y yo estaba sobre la arena de Chicago,
batiendo mis guantes contra Cassius Clay.

Tuve que haber oído la voz de la razón
y ahora despacharía helados en Florencia.
Tendría un altillo blanco junto al domo
y un sombrero de paja con un lazo verde.

Sobre las cuerdas, me rendí a la cintura
del gran negro como su calzón de raso.
Afuera, los reflectores, el de las apuestas,
mi novia se fugaba con un mafioso.

UN LÍO DE FALDAS

Yo paso por traidor de mis antepasados
y ella es la arrogancia de una muerte bella.
Mi calle daba a cualquier bocacalle.
Mi corazón al río, tras las barandillas.

Vinieron a buscarme con su puñal oculto
en el pañol de popa de las motocicletas.
Eran serios y turbios como los barrios bajos
de donde yo nunca he logrado escapar.

La noche era la noche, como debe ser,
silbaban disparos y viejas ambulancias.
Me puse ante el espejo de un lavabo público
con las manos sucias de sangre y malevaje.

La dama duerme ahora en un hostal barato
contra cuya ventana se refleja el neón
de una sala de juegos donde un chico vocea
la edición matutina del diario local.

Se despertó del sueño sin saber de mis pasos.
Le conté: "Muñeca, he matado por tí".
Ella me escuchó como quien oye a la lluvia,
abrió la puerta y me dijo que nada era eterno.

BULERÍA BLUES

El negro ha olvidado la canción del pantano,
la rama de algodón y las tablas del porche.
Mijo separado de la espiga,
aúlla en el idioma de los españoles
nombres mestizos y de calles
donde el aire topa contra el tapaluz su cábala:
padres santos de Roma y plazas de agua muerta.

Ya no más la sombra de Jamaica,
la borrasca sobre el olivo y los maizales.
Viene de oriente. Cuenta que viene de oriente
como el perfume y los tintes chinos,
pero nació en el barrio francés.
Yo sé que nació en el barrio francés.

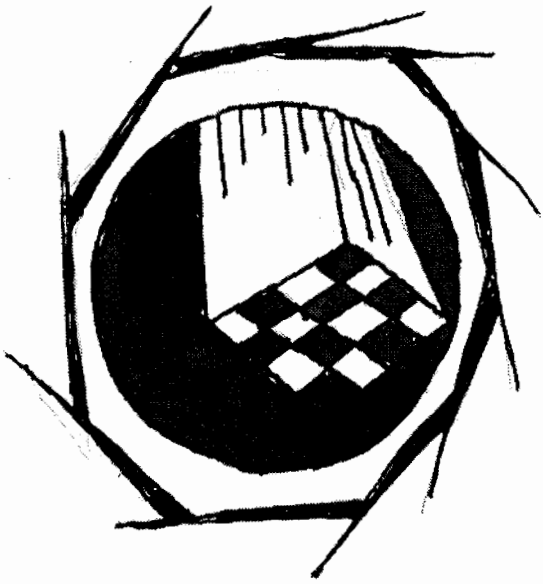
Ha olvidado su país mulato y la sentina.
Ha perdido a las cartas su navaja solar
y su destino bailaba a las puertas de un teatro
mostrando sus dientes de ira y de reproche
entre los miriñaques de las ejecutivas
con zapatos de gamuza azul. Arrojó al río
el sombrero de calaña que ondulaba el vendaval
de Kenia o de Jerez. Guarda una pistola.
En el cofre del sótano, guarda una pistola.

Ha olvidado el misterio de los caimanes,
la cruz que las máscaras sobre el sur incendian.
El viento arrastró su talismán de carey,
las cuentas de marfil y el colmillo de oro.

Vivía en la ciénaga ronca y rebelde,
en el patio de arrayanes y aspidistras,
pero ha bebido un quintal de ron de Santiago.
Enterró su automóvil en los bancos de arena
y ha dicho a un policía que su abuelo
fue un certero cazador de gavilanes.
Masca tabaco cuando conduce a solas.
Disparó dos veces contra el camarero,
contra el camarero del bar de la autopista.

Ha olvidado el humo de la taberna,
las monedas de plata, su mascota firme,
la chaqueta de paño sobre una corbata verde,
la vara de mimbre y la voz de la tribu.
Iba al noroeste, como una estrella errante,
a donde el abeto remansa el poder de los hielos,
hacia el invierno perpetuo y la soledad sin límite.
Donde la vista contempla, mire cuanto mire,
el sur que es uno mismo, con su collar de flores,
archipiélagos perdidos, balcones y cucañas.

Ha olvidado. El negro ha olvidado.



MUJER CENTAURO

Deja la ropa a tu cintura ceñirse
sobre el sillín de la motocicleta.
Cabellos de agua, dedos sensuales.
El manillar conduce a un país eléctrico

Burlará el ojo visiones distintas,
zapatos de charol, la pulsera al tobillo,
diga tal vez de un lugar semejante.

Conoces la forja donde el fuego consume
los días del gozo y del placer intrépido
al que gustas retornar como a tu patria,
jinete poderosa en centímetros cúbicos.

NOCTURNO MEDITERRÁNEO

Hacia Orán, en una draga danesa, el camarote
de mi ánimo era un templo vacío.
- "Yo nací en la Isla del Aire",
repite el jefe de máquinas
junto a la fotografía de Nicole,
que del brazo condujo al paseo de los ingleses.

En el petate, llevo una vasija que en Beirut compré:
vino del Líbano bebíamos al cruzar el Bósforo,
tras los bombardeos y el mar de Marmara.
Un sacerdote, en Bizancio, desconoce
que el Coliseo resistió a los bárbaros.

Fui inocente en Bengasi.
A cuchillo maté al joyero de Esmirna
y sólo por despreciar la música de un zíngaro.
Cuentan que allí reposan, sin vida, los dioses griegos.

Cuando arribamos a Malta, había fiesta en el puerto.
Los organillos sonaban a Barcelona y a Sirte.
Recuerdas que Paola era morena y sucia.
La vendieron desnuda a los mercaderes de la Cirenaica
pero ayer la vi junto al Canal de Otranto
y nos gritó que el Etna iba a estallar de nuevo.

DE "TRASATLÁNTICO" (1993)

SAFARI

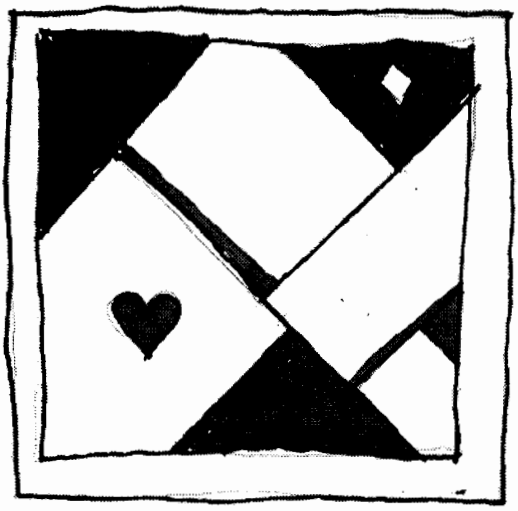
Arrojaré tu cuerpo a los leopardos,
tu rostro al lobo, tu voz a las panteras.
E irás como la noche penetrando
en la selva austral de los recuerdos.

Machete en mano, me adentraré en tu corazón
y haré nido en tu pelo como el tango.
Aullarás en las fauces colosales de la tierra,
donde brame el magma y los hemisferios ardan.

O lucirás mis colmillos en un collar de trofeos,
carnívora feroz. Yo he olido tu rastro
cuando el peligro se emboza en la espesura
con los ojos abiertos como un gato montés.

Pechos estremecidos, cataratas enormes
que caen hacia tus huellas cautelosas
de fiera que defiende su terreno de caza,
desfiladeros y esfinges, hipopótamos y cigüeñas.

Esgrimiré pezuñas para explorar tu secreto
de hiena malherida, tabú de la montaña
que en su piel escribiera largas cicatrices,
el mapa de un enigma, devoradora de hombres.



EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Yo no seré nunca de la Casa de Habsburgo,
ni por mi sangre corre el vértigo de un Rolls.
Demasiado tarde para llamarme Picasso
y volar sobre Berlín con la aviación aliada.

Mi pasado escapó del Valle de los Caídos,
brazos de Torre Eiffel, palabras de Puccini,
provengo de un misterio que no tiene esfinge
y acabaré de pronto, como sabe el Niágara.

En un jarrón de Sevres, atesoré tus lágrimas,
ojos de balneario con vistas al mar.
El mismo Fidias firmaría tu cintura
y yo he quemado Roma por hacerte feliz.

Contemplé tus excusas estilo Chippendale,
versos de Garcilaso, gestos de Mona Lisa.
En tu alcoba el deseo era sólo cultura,
pero más largo que la ruta de la seda.

GRAN TEATRO

En cartel estaba ese drama famoso que es la vida,
y que tú presenciabas casi siempre
desde visillos cerrados, sin tocarla.

Pasaban los cuadros de amor y de entreguerras,
reponían los decorados del último estreno
o las bambalinas caían bajo el puño del terremoto:
apenas temblaba tu brazo en la butaca.

La primera actriz solía envenenarse
y el galán repetía en el proscenio
que el tiempo y los modales carecen de sentido.

Tú buscabas la sortija perdida,
el programa de mano, los impertinentes,
a salvo en el confortable hogar de tu bolso.
En la ópera de tus ojos, se mascaba la tragedia.

PECADO VENIAL

Se sueña burdel el templo cuando llega
y el raso vestido qué oculta, quieren
saber los ángeles barrocos que guiñan
si ven sus pechos postrarse puntiagudos.

Cristo, a quien ora, se desnudaría
para la dama bajo velo de seda.
Daría un Papa y la Santa Madre Iglesia
por tocar sus bragas de punto, esta noche.

YO SÓLO PERTENEZCO A UNA DAMA SOLITARIA

El poder y la gloria, el mundo, me ofrecieron.
Y que también pusiera precio a mi destino.
Yo sólo pertenezco a una dama solitaria,
les dije entre las sombras de la estación de autobuses.

Pude haber gobernado países y mujeres,
atesorar las islas, mover los continentes.
Pero formé en la banda de los cantos rodados,
que cruzan sin ruido por chichas y tormentas.

El gran templo de oro, la plata de una estirpe:
quisieron que cambiase mi instinto por un banco.
Yo sólo pertenezco a una dama solitaria,
contesté a las preguntas de la policía secreta.

Ni rey de no sé dónde, ni dueño de siempre y nunca.
Mis huellas dactilares no están en la costumbre.
Si mentí fue por ella; si regresé, por verla.
Pues la memoria termina donde la mata el mar.

La luz del rascacielos, las monedas que saltan
sobre el vértigo del hombre, me brindaban.
Yo sólo pertenezco a una dama solitaria,
repuse entre los brazos amables de la muerte.

INICIADOS

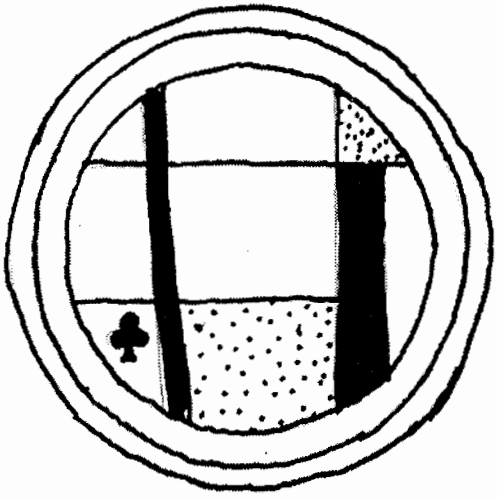
Al pie de la Kutubiya, en Marrakech la Roja,
quiero contaros que hace mucho tiempo,
Ahmed Nansour me tendió un vaso de cobre
que contenía agua de la ciudad sagrada.
Sonaban los metales colgados de su cuello:
"Aprenderás -me habló- nuestro juego de costumbres,
la canción del almuédano y la oración silente,
pero nunca a beber como mis labios saben".

Llegué en el expreso para admirar la Menara,
las fiestas nocturnas cuando corren la pólvora.
Embriagué a una gorda que dijo llamarse Fátima
y compré dos alfombras en la cooperativa.
Yo deambulé por el barrio de los andaluces
y aliñé especias que obtuve en la medina.
Probé el té cuyo sabor es la menta
y troté en carricoche hacia las murallas.

Me senté más tarde en el rincón de los barberos.
Desde el mirador del café, confundían los turistas
al encantador de serpientes y a los fakires,
a vendedores de lebrillos con mi propia figura.

Estaba allí mirando hacia el templo de los vaticinios:
era una plaza enorme la del Fin del Mundo.
Harry Adams, el músico, me indicó con el dedo
que apostaba por el boxeador más delgado.
Habían formado un corro en torno a la pelea.
Un bereber retaba a un muchacho enjuto
que colgaba un zarcillo de su oreja izquierda
y medía al adversario con suma cautela.

Fui perdiendo interés por aquel combate
a medida que el joven reducía al contrario
con fintas y artimañas: "Aquí todo vale",
sonrió Harry Adams, quien pidió ginebra.
Caminaba hacia nosotros, con su húmedo cuero,
Ahmed Nansour, a quien no inquietaba nunca
el curso de la historia ni nada que ocurriese
fuera de su cuerpo o lejos de sus ropas.
Le seguí hacia la torre que domina el desierto
rogándole que aceptara mi humilde pupilaje.
"Quiero ser de los vuestros", le brindé un billete.
Movió su cabeza, al pie de la Kutubiya.



ALGÚN DÍA ESCRIBIRÉ SOBRE ELLO

El espigón que bajaba al arrecife,
la luz amarilla de un bar donde el pasado
jugaba con baraja de naipes españoles,
los ojos sombríos del hombre canoso
que escondía una pistola en sus recuerdos.

Algún día escribiré sobre ello, me decía
cuando el mundo vareaba las ramas de la infancia.
Transcurrieron películas y sucesos familiares:
selvas del Africa o un tío que volvió
en el tren nocturno de una muerte segura.

La boca de una joven que mordía mis labios,
los pasos de mi madre, el sol sobre la alcoba,
la palabra agachada en un callejón oscuro
donde ladran los perros y se esconden
fugitivos que no tienen quien les busque.

Algún día escribiré sobre ello, me dije
entre los libros sagrados, en la biblioteca,
junto a los jeroglíficos aún inexplicables,
frente a las estelas en piedra de los reyes,
periódicos abiertos, frases sobre el muro.

Aquel licor bebido en la taberna aquella,
la navaja que empuñaba la sangre como un rayo,
los neumáticos de un coche aullando a lo lejos.
Una voz reconocible simula que aún a veces
añora lo que fuimos, detesta lo que somos.

Algún día, seguro, escribiré sobre ello.

UNA TARDE EN BOLONIA

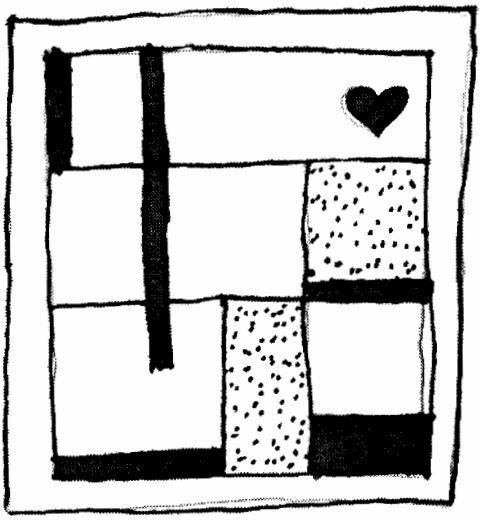
Mirabas largamente desde los pardos chamizos
el gesto del bañista, su pereza ante el mar,
las cañas que tendían pescadores de costa,
el eje en que las olas rompían como truenos.

Teñida de rubio como una estrella de cine,
de tus sueños quedaba tan sólo su ambición
y un libro de Neruda ante el dios del crepúsculo:
"...boina gris, voz de pájaro y corazón de casa".

Bajo la sombrilla, desnuda en la toalla,
volver donde estuviste es mirarse a un espejo.
El perro que ladra en la cantina, el turista
alemán muy borracho, ya estaban aquí.
Y el periódico que vuela sobre los bañadores
lleva también la fecha de tu última visita.
Ni el poder era justo ni tú me quisiste.
Nada ha cambiado, pues, en tantos años.

Las aguas del Atlántico y su resaca antigua,
la memoria es un pecio comido por corales.
Las algas temblorosas trajeron a la orilla
el mensaje de una isla que nunca será tuya.

Bebías cocacola tras las gafas de sol,
que hurtaban a los ojos la luz de la nostalgia,
domando los colores radiantes del verano
como el recuerdo vence a la vida real.



Tornabas del pasado y de un oficio ordinario
a la playa donde crees que no fuiste infeliz.
El paisaje era el mismo y azules gaviotas
chillaban contra el viento en dunas y arrecifes.

"No es igual", me dijiste apurando el refresco.
En una sola maleta cupo todo tu adiós.
A solas aguardo a que el tiempo transcurra
como huellas de arena y vuelvas a buscar

el país que imaginas, tu paraíso perdido,
y cuerpos que el amor cincela a tu deleite
cuando el deseo viaja en esa lancha motora
que huye de nosotros. Juventud es su nombre.

UN HOMBRE DE MUNDO

Ancianos paquebotes y dorados vestíbulos
de hoteles donde admiten a fulanas, anduve.
Mosquiteros y torres tan altas como un ángel,
museos italianos, gasolineras pardas
donde el desierto remansa su rabia desolada.

Paseó por allí la mirada que llevo
puesta sobre el cuerpo como un traje a medida.
Contemplo los ocasos y desprecio la usura,
puedo ver la música o tocar las palabras
con dedos que no guardan huellas dactilares.

Los ojos me brillaron como un dólar de plata,
ya fuera la ciénaga, ya fuesen piscinas
bajo el sol de un martini con hielo en California.
Al filo como un equilibrista en la cuerda,
el azar y la vida son amigos comunes.

Mi nombre ya no cabe en ninguna pregunta,
miserables fronteras y azoteas añiles
por cuyo cielo transitan urgentes aeroplanos
donde viajan la dicha y los sueños mayores
como en un versículo de la Santa Biblia.

Hui de los chacales, vadeé a caballo
el río de la muerte y la calle del infierno.
Tu rostro se me antoja una jabega esbelta
que navega al compás de los vientos de popa.
Bebí más de la cuenta ayer y antesdeanoche.

Sin embargo tu sombra no la cambiaría
por el lienzo más noble que subasten en Sotheby's.
Ni París ni la larga soledad de la tundra
tienen precio en mi alma y tú vales el triple.
Pero nunca confíes en un hombre de mundo.

POESÍA DISPERSA
(1978-1993)

INVITACIÓN

"Mi vida es la historia
de cómo se anuda constantemente
una soga al cuello"
Manuel Salinas

Comienzo por hablar de nuestra infancia. Allá en el Sur.
Soleada como una azotea a la luz de mayo. Rota
como la espuma, áspera como el redoble de cien
truenos repicando en los alambres (Algeciras).
Estábamos allí para escucharlo todo. Los rezos
de las monjas -la tarde se llenaba de arcángeles
blancos-, el vómito de trece puertas al abrirse.
Una voz tapiada de percal, resucitando el rito a la rutina.

Nos hablaron tanto de la Guerra, que llegamos
a soñarnos vencedores. A veces nos gustaba quedarnos
solos, husmeando la impotencia y la desidia.
Entonces, rompimos los cristales y tuvimos que saltar la verja.

A partir de ahí, todo fue distinto. La distancia cavó
lagunas. Naufragamos. Esto es Cádiz: ya había empezado
a masturbarme. Caminaba a diario entre gente extraña
y es el momento que aprovecha el amor para tentarnos.

Os lo confieso: comencé escribiendo para mí, en eso sigo.
Sin embargo, hablo también de vosotros, los que forjáis el verso
más perfecto: la cotidiana labor para ser libres. A la vez,
trabajo para todos: que el general escuche lo que digo.

Que tengan los oídos bien abiertos aquellos que enjaularon
las palomas. Tú y yo y muchos escribimos para escupirles
el miedo que nos hicieron pasar en las escuelas. Son
malos tiempos -lo sostengo- y el futuro es un ópalo negro, quebradizo.

Tu puesto está vacante, compañero. Nuestros brazos,
dispuestos
al abrazo. Hemos visto cómo son ellos, qué pretenden.
Dejaron de convencernos sus arengas y no estamos de acuerdo
con sus leyes. Tu puesto está vacante, compañero.

Sólo hace falta valor para ocuparlo.

(Del cuaderno "Historias del Desarrollo". Cádiz, 1978)

VASOS PARA OMAR

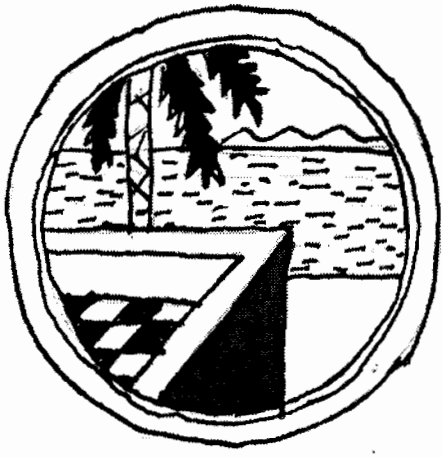
Recobra el ánimo, no obstante exista prisa
en los talones del hombre de kepis,
porque tú has visto las dos circunferencias
y te fueron legados augurios y mapas.

Cuando sea vano el nombre de ciudad
y la búsqueda de amantes fuese inútil,
tú tendrás la estola y las carmelas
y el buche de los pájaros de Arauca.

Para tu estancia momentánea, el amigo
de la dulce palabra dice de los tiempos
en que los arcángeles de Babilonia
buscaron su arrullo en la vasija de licor.

Así nosotros, cuando a la medianoche,
con cierta ligereza, palpamos los brazos,
esta uva de sur, para que opines
no en torno a leyes abusivas
sino, por unas horas, sobre alucinaciones
y archipiélagos y las danzas de una mujer
rubia, cuando la tiniebla de los cigarrillos.

(De "Memoria y súplica", en Cuadernos Hispanoamericanos, Julio de 1982)



PROMETO ESCRIBIRTE CUANDO ACABE EL BIZCOCHO

Prometo escribirte cuando acabe el bizcocho
pero deja que paladee la miel y el hojaldre:
la nata es dulce y se deja entrar
-mucho más barata por lo tanto-.

Eres como víbora que su interés pretende,
pero yo amaba tus dos pechos de lana.
Encontré mi consuelo en las pastelerías.
Así te pudras, prefiero los merengues.
Prometo escribirte cuando acabe el bizcocho.

("Del goce y de la dicha", en revista "Litoral", 1985)

FEDERICO GARCÍA SOBRE UN LECHO DE FLORES

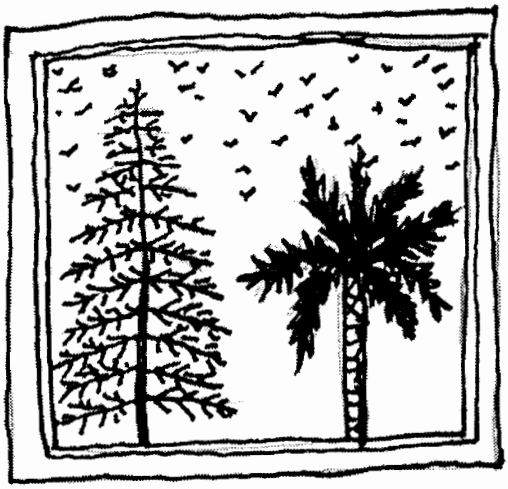
"Pétalos de lata débil"
F.G.L.

Llegarán de noche automóviles floristas
o baño verde, que harán por sumergir
su cuerpo, pajarita de fortalezas turbias
donde el sol hizo daño. O Fauno insomne
que, en su calle de Alcalá, buscara silbos
de mujer. Zumaya altiva, la del nardo
americano apoyado en la cadera.

Butacas de alquiler que el tiempo arrienda
porque a veces gusta llamarse biografía.
Y sea su aroma la albahaca valerosa
que su jardín un cabriolé cruzara.
Pues, como en ella, la vida se prolonga
si alguien, al florecer, quiere podarle
palabras del recuerdo y estambres juveniles.

O flor de vino infantil. Flor de la calabaza
que, de testigo, el pasado atlético tiende
al errante vividor de fondo, gacela humilde
en las pistas donde el hombre se revuelve
solitario ante su marca, cuando el juez
de la prueba ha olvidado la ley.

Juncos del Río Grande en que la mar se ahoga;
del Mayo, su guirnalda colgará de un racimo
porque los jacintos quieren su penacho incierto
como la novia que de azahar prendiese
sus últimos zapatos, pero besará sin dicha
a quien su esposo dicen. Y aguarda, así, el jinete
que acuda en su rescate a la gruta familiar
donde la costumbre mora. De la ciudad del musgo,
viene el amante que tiembla en la alcoba perdida,
al fin de los pasillos lóbregos del alma.



Pero su trémulo labio yerbaluisa pide,
jalea de la dalia que endulce su amargura,
la amapola calma y romero bonancible,
si requiere el reposo de esa tierra leve
donde el lirio ha crecido lejos de Turquía.

Caballero tendido al rumor de la vega
que claveles monteses vislumbra hacia poniente
y sabe del sueño: narguile de adormidera,
si la historia es ilusión de balandre
o narcótica adelfa. Y sus horas adolescentes,
en muelle de ferrocarril, ya se han rendido.
Reclinado al diván girasol cuando el jazmín
perfuma estancias estivales, mediterráneas calles
que al siglo de los dioses conducen al viajero
si su rumbo descuida. Cubra su rastro, aquél,
de fácil siempreviva o amable mirto,
pues los frutos del cidro noble ya marchitan
y sabe que la rosa, por su espina,
llevará la muerte a su hogar invernadero.

(Revista "Cuadernos Hispanoamericanos" 1986)

A VECES, TODOS QUISIMOS AMAR A MANOLITA

Tras el cianuro plástico y el sable y la mujer rusa
del único pecho y las tres manos, estaba Manolita
con su braga de hilo y el zapato de plata. Y Dios
y el demonio y arcángeles rubios en lentejuelas,
con el cáliz de la voz hecho pimienta, chiste
atrevido y salsa de verano. Manolita Chen, que fue
la esposa del chino Chen -posiblemente, un avispado
tintorero catalán, hijo de un hombre de Pekín, huido
de los mandarines-. Los esposos liberales de la época
iban a ver las treinta venerables señoritas
y como a un pablo romero, burlaban la sospecha severa
del cónyuge católico: "Es magnífico el mago, te aseguro".
A veces, todos quisimos amar a Manolita y sentarle
a la vespa del hermano. Viajar con ella al origen
de la especie o citarle al oído palabras del cuplé:
"Bésame, bésame mucho..." *Y hundirnos de repente*
en su acuarela de kimonos y paraguas japoneses, echarle
el miembro de pronto como la fiera al cautivo. Aunque
bien supiéramos que fuimos tan sólo figurines de leyenda
y aquel tiempo, una farsa. Un cuento chino. Todo mentira.

(Del cuaderno "Bandoneón". Revista "Abalorio", 1987)

LAS CAUSAS PERDIDAS

"La guerra dio al amor el tajo fuerte"
A.M.

Yo era de la grey de los novicios
que van por lana y salen trasquilados.
Me senté a esperar el cadáver de mi enemigo
pero vi pasar sus tropas victoriosas
por naciones de escombros y arcos del triunfo,
ojos de la aguja que atraviesa el altivo
camello de su ambición.

Serví a Saladino y al zar de las rusias;
bajo el cierzo, mi galón, en mi uniforme
de limpia estameña lucía la insignia del Sol Naciente.
Conduje sus carros de combate por campos de algodón
y a los elefantes de Aníbal
rumbo a la cordillera de los gorriones.
Llevo tatuado el rostro de un armenia
sobre la cicatriz de sus arañazos.

Pedí pares y nones: salió el canto de la moneda.
Me afilié al Partido cuando no se cobraba.
Buscaba a Salomón y el juez de la horca
me prendió por cuatrero.
Moví los banderines para que despegara Enola Gay
y sobre las cuádrigas del César
asolé el cancán de la noche parisina
marcando marcialmente el paso de la oca.
Me alié con el Gran Turco y ganó el Papa;
a la fuerza me embarcaron en la Invencible,
mientras huían las ratas y los contramaestres.
De los Tercios de Flandes salí malherido,
confié de firme en el Caballo de Troya
y en el gran padre blanco. Me alisté de artillero

en pleno zafarrancho del Afrika Corps.

Yo era el húsar de la reina que robaba caramelos
y tuve patente de corso aunque ya no hubiera galeones.
Vi morir a los héroes con las botas puestas
y recibí cuatro plumas de un lancero bengalí
que arrasó la biblioteca de Constantinopla.
He vivido en los sórdidos barrios de la buena muerte,
libé el jugo de la derrota añeja que nunca perdona.

Atraqué el fondo de la Reserva Nacional
y no quedaba un céntimo.
Ahora soy el anarquista que duda y se persigna
en las sucias ciudades donde el éxito prospera.
Destruí el mapa del continente hundido
y ensayo ante el espejo la postura del amor,
que es una elegante manera de perder.

(Revista "Zurgai", 1989)

LA MADERA DEL HÉROE

Probad a preguntarme por aquel grave tipo
hampón y temerario como una bala certera.
Le vieron galopar sobre el techo de la noche
hacia un país más remoto, tabur y tranquilo,
donde no existe el crimen porque no hay policía.

Recordaré, si acaso, la historia de una dama
que se calzaba el peligro en un largo guante negro
sobre sus brazos desnudos como un preso político.
Qué habrá sido, preguntan, de sus labios voraces.
Ojalá me delatara, respondo, y siga viva.

Los brazos más jóvenes relinchan en tugurios
donde el humo diluye la cara de los jueces
y las tragamonedas disparan su mentira.
Dios, que lo ve todo, sigue en su rascacielos,
con un matón a sueldo que regenta el Vaticano.

Si vinieran a buscarme en una noche de esas,
cargadas de presagios y de agentes secretos,
decidles que yo aguardo su anunciada visita
en el claro del bosque, donde hay una taberna
que abre hasta las tantas sus muslos pecadores.

Pues no tuvimos nunca la madera del héroe,
capaz de que la historia vuelque su embestida
o se detengan en seco el carrusel del mundo
como un tren fantasma, sobre una vía muerta.
Nuestro error fue creer que éramos valientes.

Qué triunfo queda y qué corona traigo
a mi grupa vacía, de vuelta a la derrota.
Miro hacia atrás y veo las huellas del destino,
ideas que corrían como un reguero de pólvora.
Mi corazón cabe ahora en un billete de mil.

(Inédito)

EXTRAÑOS EN LA NOCHE

Ojalá recuerdes todavía el húmedo calor del muelle deportivo,
la soledad secreta de la ciudad en la fuga
a bordo de aquel automóvil melancólico
que fueron nuestros cuerpos rodando entre la niebla,
allá por el verano del año noventa y uno.

No eras por entonces la antigua dama que fabrica el olvido,
la que huía hacia un país que no se pareciera
a sus largos ojos cerrados por el miedo,
a la ruta de su historia zarpando como un río
que lloviese sobre el mar donde ha desembocado.

Al sur ocurrían relámpagos y paisajes de los que tú escapabas
porque la vida era una tentación irrebatible
que pudiera prenderte, sigilosa, por la espalda
y forzarte a ser feliz sin tu quererlo.
No gastabas memoria. No vestías costumbres.

Ni tampoco usabas el nombre con que ahora
tocas en la banda de los corazones solitarios
esa canción que huele a una habitación cerrada
y cuya letra dice que el tiempo o el amor siempre pasan de prisa,
como una película de corto metraje.

Aún tampoco lucía las muescas de tu memoria,
marcadas a fuego como un ráfaga de plomo
que me hubiese acribillado las piernas.
Quiero que mi recuerdo le sea fiel a tus palabras:
"Algún día -dijiste-, yo ya no seré nadie".

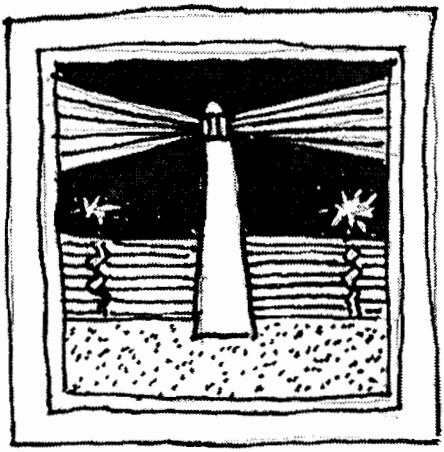
Dormimos varias noches en un hotel modesto,
abiertas las ventanas y los cristales velados por el rocío.
Así, en la penumbra, caían las caricias como una gotera
y la calor manchaba promesas y emociones
con su presagio tórrido como un día de bochorno.

Bailábamos juntos, aquella temporada, en el Casino Royale
y al amanecer nos tendíamos a ver como salía
el mediterráneo de entre las aguas silenciosas de la noche.
Guardo un mechón de ese escenario y tu rostro repica
sobre mi paradero como una campana que siguiera doblando a solas.

A la Estación Central, tus maletas corrieron en un taxi amarillo,
sin aguardar a que nadie despidiera tu viaje,
con el pañuelo de la derrota abierto sobre el andén.
Luego, me sentí culpable y sucio
como si te hubiese matado en un accidente de tráfico.

No sé lo que buscabas, no sé lo que pedías.
Estabas cansada y lejos como un pariente perdido,
sin señal que yo entendiera ni mensaje que tú reconocieses.
"Extraños en la noche", cantaba Frank Sinatra.
Juro que era tarde para volver a empezar.

(Inédito)



EVIDENTE FRACASO LITERARIO

No me invitan a congresos, es terrible.
Nadie pide que firme un manifiesto.
No me llama la prensa a cualquier hora
para que opine sobre el último cadáver
que ha dejado un hueco irreparable
en las letras o en el arte de este siglo.

Las editoriales devuelven manuscritos:
"Nos han entusiasmado, no es posible".
Inútil la inclusión de una reseña
en los recios suplementos del domingo.
Ni las antologías me reclaman. Es preciso
admitirlo: ciertamente,
no engatuso tampoco a las muchachas.

ÍNDICE

Prólogo 7

Bibliografía 17

MELODÍAS INOLVIDABLES 23

De "Crónicas Urbanas" 25

De "Medina y otras memorias" 47

De "Ciudad Sumergida" 73

De "Bambú" 103

De "Daiquiri" 117

De "Trasatlántico" 141

Poesía dispersa 163

MELODÍAS INOLVIDABLES. *Juan José Téllez Rubio (Algeciras, 1958) acomete esta empresa en un momento clave, a saber: cuando, por una parte, los poetas de su generación inician un proceso de inevitable diáspora, que puede ser seguida a través de las antologías, en tanto que, por otra, se contesta la estética dominante, poniéndose en tela de juicio unos valores que, de modo variable, se han mantenido vigentes a lo largo de, al menos, las tres últimas décadas.*

Su labor autocrítica arroja como saldo positivo los grandes éxitos que, con vocación de melodías inolvidables, ha reunido el poeta en este álbum, consciente de ofrecer a los lectores lo mejor de su repertorio.

La metáfora discográfica no será en caso alguno gratuita. Responde, desde luego, a un cierto espíritu juglaresco, que siempre rubricó la obra de Téllez, desde los músicos callejeros arábigo-andaluces hasta sus herederos del cante hondo, con quejumbre de Camarón de la Isla y los compases de Paco de Lucía, pasando por el jazz peliculero o el rock que llaman duro. Rasgos que, al conjugarse, dejan en los poemas una pátina como de marginalidad, una impronta de malditismo que acaba traduciéndose en apuesta incondicional por las causas perdidas, erigiendo un palacio a la derrota.

MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS
DEL CAMPO DE GIBRALTAR